

Selección

TERROR

ADAM SURRAY

UNA SUITE EN EL CEMENTERIO

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

ADAM SURRAY

UNA SUITE EN EL CEMENTERIO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 363
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 41.554 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: febrero, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

La voz de la mujer fue un tenue susurro.

Marcadamente sensual.

Todo en Stella Behrens era sensual. EL destello de sus verdes ojos, los carnosos labios, sus manos...

—Debo irme, Harry.

—Okay.

Stella no hizo ademán de incorporarse.

Todo lo contrario.

Tal vez molesta por la indiferente respuesta.

Se volcó sobre Harry Wexler. Con los labios entreabiertos. Húmedos. Devoradores... Fue un beso lujurioso. Acompañado de audaces caricias. Moviendo lascivamente su cuerpo contra el de Wexler.

—Harry.

—¿Sí?

—¿Qué te ocurre? —Musitó la mujer al comprobar lo inútil de sus caricias —. ¿Estás cansado?

—¿No has dicho que te ibas?

Por los enfebrecidos ojos de Stella Behrens pasó un brillo de ira. Muy fugaz. Sonrió, fingiendo ignorar la derrota.

—Oh, sí... Tienes razón. De seguro llegaré tarde.

Ahora sí abandonó el lecho.

Ofreciendo el turbador espectáculo de su desnudo cuerpo. Algo digno de ser esculpido e inmortalizado en mármol. Los treinta y cinco años de Stella parecían marcar el apogeo de su perfección. Su máximo esplendor. Apetecible como una fruta madura.

Los senos, aunque opulentos, se mantenían firmes. Erectos. Duros. Los pezones, centrados en rosada aureola, todavía acusaban la excitación. Su vientre ofrecía una leve curva coronada por el delicioso orificio del ombligo. Las caderas eran ampulosas. Muslos esbeltos, largos, bronceados... Toda la piel ofrecía un uniforme bronceado.

Ayudada por sensuales movimientos de cadera se ajustó el minúsculo slip de negro encaje transparente. En igual tejido el reducido sujetador. Con alguna dificultad lo acopló a los exuberantes senos.

—¿Qué te parece, Harry? Lencería sexy francesa. La compré en mi última visita a París.

Harry Wexler tendió la diestra hacia la mesa de noche para coger la cajetilla de tabaco.

Encendió un cigarrillo.

—¿De veras quieres conocer mi opinión?

—Por supuesto, Harry.

Wexler exhaló una bocanada de humo.

—Me pareces una furcia de lujo.

—¿De verdad? —rió Stella, sin acusar la respuesta recibida—. Eres demasiado clásico, querido. Inconvenientes de no salir de Filadelfia. Esta es una ciudad tradicionalmente puritana. Y tú estás caduco.

—Es posible.

Stella se introdujo en el contiguo cuarto de baño.

Cuando retornó a los pocos minutos, ya con su elegante traje chaqueta, no encontró a

Harry Wexler en el dormitorio.

—¡Harry...!

La mujer acudió al salón.

Allí estaba Wexler.

Sirviéndose un vaso de whisky del mueble bar.

—Yo tomaré otro —dijo Stella, consultando la diminuta esfera del reloj de oro ajustado a su muñeca—. Aún me da tiempo.

—¿No piensas ir a casa para cambiarte de vestido?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No entiendo mucho, pero opino que un modelo oscuro es el más apropiado para asistir a un funeral.

Stella Behrens sonrió.

—Estás al corriente, ¿no?

—Toda Filadelfia conoce la... triste noticia que afecta a los Behrens. Incluso el Philadelphia W. Press ha desplazado a una de las redactoras de los ecos de sociedad para que informe del sepelio. ¿Por qué te molestas en ir, Stella? Natalie Burns significaba muy poco para ti.

—De no haber muerto repentinamente hubiera contraído matrimonio con mi hermano. Wexler se aproximó con dos vasos.

—Brindemos por ello.

—Eres un cínico. Un adorable cínico.

—¿Por qué? Rebosas júbilo, Stella. Te resultará muy difícil controlarte durante el entierro. También tu sobrinita Jennifer dominará los saltos de alegría. Y el inútil de Frederic Dunham... Todos celebrarán la muerte de Natalie Burns.

—No seas ridículo. Cierto que no apreciaba a Natalie. Ninguno de nosotros. Era una astuta oportunista a la caza de un marido rico. Logró engatusar a mi hermano. ¡Al fundador y presidente de la Behrens Chemical!

—Demasiada osadía, ¿no es cierto? Una vulgar secretaria emparentando con los Behrens. ¡Con la high society de Filadelfia!

—Soy sincera al decirte que lamento la muerte de Natalie. Lo lamento... por mi hermano Philip. Estaba en verdad enamorado de Natalie. Le engatusó por completo. Era como un muñeco en sus manos. Reconozco que hizo un buen trabajo. Al principio creí que se trataba de una aventura más de Philip.

—Hasta que anunció oficialmente su compromiso matrimonia con Natalie Burns.

—Sí. Nos sorprendió.

Wexler vació su vaso de whisky.

Chasqueó la lengua.

—Pobre Natalie... Después de sufrir vuestras humillaciones, los insultos, desprecios..., es víctima de un repentino fallo cardíaco.

—Empiezan a molestarme tus impertinencias, Harry. ¿Qué debíamos hacer? ¿Facilitarle el camino? ¡Era una oportunista! ¿Conoces su edad? ¡Tenía veintidós años! ¡Y mi hermano ya ha cumplido los sesenta! ¡Le doblaba en edad!

—Eso nada significa.

—Eres demasiado joven, Harry. De ahí tu punto de vista.

—Ya he cumplido los treinta, ¿no lo recuerdas? Me enviaste un reloj de oro.

—Y me lo devolviste. Demostrando así que eres demasiado joven..., o demasiado idiota. Natalie era joven; sin embargo, se pasó de lista. No debió mirar tan alto. No supo conformarse como las demás con pequeños regalos o gratificaciones por los... servicios extra prestados.

—Para dentro de dos semanas estaba anunciada la boda. La prensa del corazón y los ecos de sociedad han perdido un magnífico reportaje. «La huérfana y el magnate».

—Muy romántico. Sólo que no hubiese permitido jamás esa boda. Habría terminado por convencer a Philip. Jennifer, Frederic, Eddie... Todos estaban contra Natalie, pero vuelvo a decirte que lamento su muerte.

—Una muerte muy... oportuna.

—¿Qué insinúas? ¡Natalie nada podía quitarme! Yo tengo mis propias acciones en la Behrens Chemical.

—Por favor, Stella —sonrió Wexler, con marcada ironía—. El gran Philip Behrens no vivirá eternamente. Su hija heredará un buen pellizco, pero también habrá para ti. De haber contraído, matrimonio con Natalie no sería tan grande la tarta a repartir. ¿Me equivoco?

—Eres un bastardo.

—¿Por qué te enfadas? No te estoy acusando del asesinato de Natalie. Ya se ha determinado la causa de su muerte. Un fallo cardíaco. ¡Quién lo iba a imaginar...! Tan joven, tan bella...

—Los jóvenes no tienen inmunidad ante la muerte, querido. ¿Has leído las declaraciones del doctor Eddie Browning publicadas en tu periódico? Las estadísticas de muerte por fallo cardíaco en personas comprendidas entre los dieciocho y veinticinco años de edad han aumentado considerablemente. Ahí tenemos el reciente caso del jugador de basketball Cornel Payne. Veinte años de edad. Muerto por fallo cardíaco en...

—Parece que trates de convencer a un jurado.

—Eres..., eres...

—Tranquila, nena. Estaba bromeando. Anda, vete llegaras tarde al funeral.

Stella recogió del living un bolso de mano, los guantes y el sombrero.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Harry?

Wexler abrió la puerta del apartamento.

—Ya te llamaré.

—Lo haré yo. Hasta pronto, amor.

—Adiós, Stella. Que te diviertas.

La mujer sonrió.

Ciertamente esperaba divertirse.

Tal como había comentado Wexler, le iba a resultar muy difícil controlar su alegría durante el entierro de Natalie Burns.

CAPITULO II

Philip Behrens no había sido muy afortunado en el amor.

A los veinticinco años contrajo matrimonio con Sherry Douglas. Una bella, pálida y delicada muchacha de la alta sociedad de Filadelfia.

Demasiado delicada.

Sherry murió a los diez meses de la boda. Al dar a luz.

La soledad de Philip Behrens se vio ocupada por la rutilante expansión del negocio y el crecer de su hija Jennifer. Pronto se dedicó por completo a la Behrens Chemical olvidándose de los cuidados de su hija.

Jennifer era insoportable.

Mimada.

Caprichosa...

Sí.

Mejor olvidar la infancia y adolescencia de Jennifer.

Cuando cumplió los dieciocho años ocurrió el milagro. Sucedió lo que parecía imposible. Jennifer era aún más insoportable y caprichosa que de niña. Philip Behrens, creyendo poder librarse de ella, cedió la mano de su encantadora hija a Frederic Dunham. Este, joven de alta sociedad y baja en recursos económicos, era de carácter débil. Harían una buena pareja.

Philip Behrens, durante sus largos años de viudo, cedió a la tentación de alguna complaciente secretaria y alguna que otra dama de su selecto círculo de amistades.

Nada serio.

Amores de una noche.

A lo máximo una semana.

Hasta que apareció Natalie Burns.

Con ella todo iba a ser diferente.

Philip Behrens lo sospechó desde el primer día. Cuando la vio por primera vez entrar en su lujoso despacho de la Behrens-Chemical. Con el cuaderno de notas entre sus frágiles manos. Con su ovalado rostro coronado por sedoso cabello rubio. Los azules ojos. La tímida sonrisa de sus labios...

Sí.

Con Natalie fue diferente.

No iba a ser una aventura más. Poco le importaron las duras críticas de su hermana Stella, las protestas de su hija Jennifer, las de su yerno Frederic, las del consejero de administración, las del doctor Eddie Browning...

Philip Behrens hizo caso omiso a todos.

Sólo le importaba Natalie Burns.

Natalie.

Sólo Natalie...

Y allí estaba. Igualmente bella. Con las manos cruzadas sobre el pecho. Sus azules ojos cerrados. La sedosa mata de rubios cabellos cuidadosamente

peinada. Luciendo una blanca túnica a juego con la palidez de sus facciones. Contrastando con el rojo terciopelo del ataúd...

Philip Behrens contemplaba el cadáver de su amada. Casi con indiferencia. El era fuerte. Lo soportaría. No era hombre fácil de abatir. A sus sesenta años mantenía un extraordinario vigor físico. Un corazón duro.

Más que el de la infortunada Natalie.

Cuando Natalie, aquella noche que cenaba con Philip Behrens en el Latimer Club, se sintió indispuesta por primera vez, nadie sospechaba el trágico final. Se llamó al doctor Browning. El médico de la familia, miembro del equipo sanitario de la Behrens Chemical y ayudante del laboratorio químico de la empresa. Después de un superficial reconocimiento sugirió un examen más minucioso en el Guest Center. Los electrocardiogramas y fonocardiogramas sólo revelaron una leve taquicardia, sin ningún otro problema.

Y a los cinco días...

—Ya están aquí, señor Behrens.

Philip Behrens giró la cabeza.

Parpadeó.

—¿Quién?

El mayordomo de los Behrens tragó saliva.

—Pues... los de..., los de...

—Los de la funeraria, papá —dijo Jennifer, sentada al fondo de la sala —.Vienen a por el fiambre.

Philip Behrens dirigió una dura mirada a su hija.

Jennifer continuaba haciendo progresos.

—Muy bien, Sam. Pueden entrar.

La sala donde reposaba Natalie Burns se encontraba bastante concurrida. Junto con Jennifer su esposo Frederic Dunham, Stella Behrens, el doctor Eddie Browning, parte del consejo de Administración de la Behrens Chemical con sus respectivas esposas...

A ninguno de los presentes les importaba en lo más mínimo Natalie Burns. Todos celebraban interiormente su muerte. Ninguno había aprobado la proyectada unión matrimonial, temerosos de que la belleza y juventud de Natalie hiciera perder facultades a Philip Behrens o le apartara del frente de la saneada Behrens Chemical. Eran demasiados los riesgos de aquel matrimonio.

Sí.

Mejor celebrar un funeral.

Se fue desalojando la sala ante la llegada de los empleados de pompas fúnebres. Algunos de los asistentes se despidieron allí mismo de Philip Behrens. Otros, en su afán de halagarle hipócritamente, formaron parte del cortejo fúnebre hasta el cementerio.

—Eddie...

—¿Sí, Stella?

—Hay una llamada para ti. La he pasado a la biblioteca. ¿Quieres

acompañarme?

Desde el amplio hall de entrada encaminaron sus pasos hacia una de las estancias de la primera planta.

Un lujoso salón biblioteca de severo estilo inglés.

Stella cerró tras de sí.

Quedó apoyada sobre la puerta.

—Tengo miedo, Eddie... ¿saldrá bien?

Eddie Browning frisaba en los sesenta años de edad. Rostro de marcadas arrugas. Sus lentes de miope cabalgaban sobre una aguileña nariz. Era miembro del Guest Center de Filadelfia. Colaboraba en el laboratorio de la Behrens Chemical y era jefe del servicio sanitario de la compañía. Era el médico de la familia Behrens desde hacía más de veinte años.

No respondió a Stella.

Se lanzó sobre ella. Su boca buscó la de Stella; La besó ávidamente, mientras que sus manos pugnaban por abarcar los exuberantes senos femeninos. Los aprisionó una y otra vez en torpes caricias.

Stella no le rechazó.

Todo lo contrario. Entreabrió los labios al recibir el beso. Jugueteó con los de Eddie Browning. Mordisqueándolos. Haciendo mover rítmicamente su lengua. También sus ampulosas caderas iniciaron un leve vaivén, que enardeció a Browning.

—Stella... Stella..., me vuelves loco...

La mujer se separó riendo divertida.

—Dejémoslo, Eddie... No es el momento...

—Tienes razón —jadeó Browning, despojándose de las empañadas lentes para limpiarlas—. Debemos reunimos con los demás.

Eddie Browning, mientras limpiaba los cristales de las lentes, no pudo ver nítidamente el rostro de la mujer.

Las facciones de Stella reflejaban una mueca de repugnancia. Desapareció al colocarse Browning las lentes.

—Estoy intranquila, Eddie.

—¿Por qué? Todo ha salido bien. No podía fallar, Stella. Deja de preocuparte.

—¿Está... muerta?

El doctor chasqueó la lengua.

—Creí que lo habías comprendido, Stella. Natalie Burns está clínicamente muerta. Es como un letargo. Un sueño de treinta a cuarenta horas. Luego despertará.

—Existen medicamentos que paralizan igualmente el corazón y ocasionan la muerte.

—Cierto. Y fácilmente detectables en los análisis. Con Natalie utilicé una droga no conocida oficialmente por la Medicina. Un líquido que paulatinamente paraliza las funciones vitales del corazón sin posibilidad de ser detectado. Natalie, para disipar toda sospecha, fue sometida a examen en

el Guest Center. El propio doctor Guest, experto en cardiología, fue quien la reconoció. Y no tuvo la menor duda en certificar su muerte por fallo cardíaco. Utilizando esos medicamentos que has mencionado, de seguro que el doctor Guest solicitaría la autopsia del cadáver. ¡Y entonces se descubriría todo!

—Pero si Natalie no está muerta...

—No lo está... ahora. Ya han transcurrido unas veinticuatro horas. Dentro de unas diez horas Natalie despertará. ¿Dónde? En un ataúd. En el cementerio. ¿La imaginas golpeando la tapa del ataúd? ¿Cuánto tiempo crees que podrá sobrevivir?

Stella sonrió.

Imaginó la escena.

La larga agonía de Natalie Su desesperación. Su vana lucha. Desgarrando con las uñas el rojo terciopelo del ataúd en un inútil intento por salir...

* * *

Philip Behrens arrugó instintivamente la nariz.

—No me gusta.

—Ningún cementerio resulta agradable —replicó Stella, succionando despreocupadamente el cigarrillo—. El Lang Cemetery no es la excepción.

—¿Por qué no enterrarla en el Hope Hill?

—¿En el panteón familiar de los Behrens? ¡Por Dios, Philip! ¡Baja ya de las nubes! Demasiado estamos haciendo ya por Natalie Burns. Echa un vistazo a los coches que nos siguen. ¿No crees que es ya suficiente honor para Natalie? Contraté los servicios de la Brolin Company, la mejor empresa de pompas fúnebres de Filadelfia, dándoles carta blanca. ¡Sin molestarme de más! El Lang Cemetery, el de Hope Hill, Torn Road... o las mismísimas cloacas.

—Eres cruel, Stella.

—Y tú un estúpido. Si muerta haces movilizar a todo el Consejo de Administración para que asista al entierro, imagino lo que hubieras hecho por ella en vida. Estarías sometido a sus caprichos y siempre dispuesto a hacer el ridículo.

—Te alegras de su muerte, ¿verdad?

—¿Acaso no se me nota? Quiero darte un consejo, Philip. Al salir del Lang Cemetery olvida por completo a Natalie. No vuelvas a mencionar su nombre. ¡Bastante hemos soportado todas estas semanas! Tu ridículo noviazgo, tu babear ante los preparativos de la boda... Nos has hecho danzar a todos al ritmo de Natalie. ¡Y ahora te parece poco... lujoso el Lang Cemetery!

—Stella, por favor... No grites.

La mujer respiró con fuerza.

Se reclinó en el asiento del auto.

Quedaron en silencio.

Ya estaban próximos a la entrada del camposanto.

El Lang Cemetery era el más antiguo de Filadelfia. Instalado lejos de la ciudad. En los arrabales del sur. Una mal asfaltada carretera conducía al cementerio y allí concluía. De ahí su mal estado de conservación y nulo cuidado.

La muralla que circundaba el Lang Cemetery estaba formada por bloques de piedra enmohecida y erosionada por el paso del tiempo. Hierbas salvajes trepaban por entre los bloques de piedra.

Se detuvo la comitiva.

El chófer de los Behrens descendió para abrir la portezuela posterior del negro Rolls Royce.

Bajaron Philip Behrens y Stella.

Tras ellos se fueron situando Frederic Dunham, Jennifer, el doctor Browning y restantes acompañantes.

El interior del Lang Cemetery era también desolador. Lápidas cubiertas por hierbajos, cruces caídas, nichos resquebrajados... Sólo los cipreses se alzaban majestuosamente al cielo.

La Brolin Company, aunque sin despilfarres por indicación de Stella Behrens, había hecho un buen trabajo. El ataúd era de fina madera trabajada y con asas doradas .Forrado de terciopelo rojo. Las coronas de flores eran también de gran efecto. Y la lápida de níveo mármol.

Ya estaba abierta la fosa. Se habían aprovechado aquellas últimas horas del atardecer. Antes de que el sol se ocultara por completo.

Descendieron el ataúd.

Lentamente.

Philip Behrens fue el primero en arrojar la simbólica paletada de tierra. Ninguno de los acompañantes le imitó. Todos deseaban terminar cuanto antes.

Quedó el trabajo para los sepultureros.

Dos hombres fueron rellenando la fosa. Cada paletada de tierra resonaba con fuerza contra el ataúd.

Un sonido que resultaba música para Stella Behrens.

La fosa no era muy profunda, pero el trabajo se remató al ajustar una losa de mármol a juego con la lápida.

Stella intercambió una significativa mirada con Eddie Browning.

Los labios de Stella esbozaron una imperceptible sonrisa.

Volvía a imaginar a Natalie arañando desesperada el lujoso terciopelo del ataúd.

CAPITULO III

Entre las treinta y cuarenta horas.

No.

Ocurrió antes.

Se puede decir que fue la primera paletada de tierra sobre el ataúd lo que pareció despertar a Natalie.

Escuchó el sonido.

Seco.

Retumbando en el interior del ataúd.

Luego otro.

Y otro...

Natalie podía oírlos. Intentó abrir los ojos. Los párpados le pesaban como si fueran de plomo.

Desistió de ello.

Tampoco podía mover las manos. Todo su cuerpo estaba paralizado. Rígido, Agarrotado...

Como si estuviera muerta.

Natalie se esforzó en borrar de su mente aquel pensamiento. No estaba muerta. Podía oír el ruido. El golpe seco.

No.

No estaba muerta.

Los ruidos se fueron haciendo más tenues. Más lejanos. Hasta cesar por completo.

Natalie intentó de nuevo abrir los ojos. Los dedos de sus manos perdieron rigidez. Se movieron. Bajó las manos. Acarició algo sedoso, suave...

Entreabrió los ojos, pero siguió envuelta en la oscuridad. La más negra de las penumbras.

Natalie parpadeó.

Como si dudara de tener los ojos abiertos. Impresionada por aquella total oscuridad.

¿Dónde estaba?

Su aturdida mente fue hilvanando pensamientos.

Empezaba a recordar.

La mansión de los Behrens. Philip. Stella. El doctor Browning... y luego el Guest Center.

La habían trasladado con urgencia. El doctor Guest la examinó.

«Ya nada podemos hacer».

Sí.

Aquéllas fueron las palabras del doctor Guest.

Natalie las recordaba. Y otras conversaciones. Y los ridículos sollozos de Philip Behrens lamentando su...

Natalie volvió a parpadear.

¿Su muerte?
¿Por qué Philip lamentaba su muerte?
También recordó la voz de Stella. Susurrante. Sibilina...
«Lo hemos conseguido, Eddie...» «Lo hemos conseguido, Eddie...»
Natalie quiso llevar su diestra a la sudorosa frente.
Su mano tropezó contra algo.
Agrandó los ojos.
Pugnando por disipar aquella oscuridad. Alzó ambas manos. Volvieron a tropezar Tanteó a su alrededor.
Estaba encerrada en una caja.
Estaba en un...
La verdad llegó brutal a la mente de Natalie.
¡Estaba en un ataúd!
La habían enterrado viva.
¡No...! ¡No...! ¡No...!
Su desgarrador alarido resonó ensordecedor dentro del ataúd. Al querer levantarse golpeó la cabeza contra la tapa. Aunque aturdida continuó sus gritos. Con los puños golpeó la acolchada pared. Pataleó todo lo que le permitía el reducido espacio.
Sin cesar de gritar.
Comenzó a golpear la cabeza contra la tapa. Sus uñas desgarraron el terciopelo de la caja. Percibió un caliente líquido deslizarse por sus ojos y mejillas.
Estaba sangrando por las cejas.
—¡No estoy muerta...! ¡No estoy muerta...! ¡Sacadme de aquí!
Natalie aulló hasta enronquecer.
Tras aquella angustiosa y desesperada reacción quedó inmóvil. Jadeante. Bañada en sudor.
Ahora su solo respirar le resonaba con fuerza envolviéndola ensordecedoramente. Trató de contenerlo. De acompasarlo para aprovechar el aire al máximo.
Y entonces fueron audibles los latidos de su corazón.
Como secos martillazos.
Repercutiendo en sus sienes.
—No quiero morir... No quiero morir... ¡No quiero morir! ¡Sacadme de aquí! ¡Sacadme de aquí!
De nuevo la desesperación se apoderó de Natalie.
Ya no golpeó las paredes del ataúd. Empezó a removerse como una posesa. Aullando. Agitándose convulsa. Desgarró la túnica. Clavó sus uñas en el cuello. Se arañó las mejillas. Tiró de los cabellos...
Salvajemente volvió a golpear la cabeza contra la tapa del ataúd.
Minutos más tarde volvía a caer desvanecida para casi de inmediato reanudar su alucinante y vana batalla.
Ya no tenía voz.

Ni fuerzas.

El rostro desencajado. Ensangrentado. Las uñas rotas. Sanguinolentos surcos en sus senos y vientre. Las rodillas hinchadas por su golpear contra la tapa.

Fue entonces cuando le vio.

Era el diablo.

Satanás había salido a recibirla.

Natalie no se asustó ante la horripilante visión.

Ahora sí estaba muerta.

El mismísimo Satán la esperaba a las puertas del Más Allá, para conducirla al Averno.

CAPITULO IV

Las noches en el cementerio no son del todo silenciosas.

Al menos en el Lang Cemetery.

Una pareja de grillos hace ruidosamente el amor sobre la tumba de un antaño ilustre personaje de Filadelfia. Las aves nocturnas tampoco están tranquilas. Y hay ratas. Ratas lustrosas, que corren por entre las tumbas y trepan a los resquebrajados nichos.

No había luna.

Tampoco estrellas en el negro manto del cielo.

Una tenue brisa hacía mover los cipreses con fantasmal efecto. La soledad era total. Nadie en su sano juicio se atrevería a deambular por allí turbando el descanso de los muertos.

Y Marty Dearden no estaba en su sano juicio.

No sólo se atrevía a deambular por allí, sino que se había instalado en el mismísimo Lang Cemetery.

Aquél era su domicilio desde hacía poco más de un año. Desde que le soltaron del Centro Psiquiátrico Aldrich de Pittsburgh.

Marty Dearden no temía a los muertos.

De ser posible que uno de los que allí reposan saliera de su tumba, escaparía horrorizado al ver a Dearden.

Sí.

Marty Dearden hubiera espantado a Frankenstein, Drácula, el Hombre Lobo o cualquier otro monstruo.

El era también un monstruo.

Todo empezó diez años atrás. En la Gayner Company de Pittsburgh. Marty Dearden, atractivo joven de veinticinco años, trabajaba como ayudante de los laboratorios. Nadie fue culpable del accidente. Nadie pudo prever la caída de aquel recipiente de ácido sobre el rostro de Dearden.

Con espeluznantes consecuencias.

El ácido quemó el rostro de Marty Dearden. Convirtió sus facciones en una deforme masa purulenta. Milagrosamente salvó los ojos.

Marty Dearden no supo sobreponerse a la tragedia. Las curas e injertos de piel en nada paliaron su monstruosidad. Y terminó en un centro psiquiátrico. Diez años de internamiento. Le había sido dada el alta hacía catorce meses. Junto con una carta de trabajo para una granja de Cranton.

Dearden se reintegró de nuevo a la sociedad. Se adaptaría a ella. Lo triste es que los demás no se... adaptaban a la repulsiva visión de su rostro.

Tuvo que abandonar la granja de Cranton.

¿Dónde ir?

Los circos ambulantes ya no ofrecían monstruos en sus pistas.

Marty Dearden vagó sin rumbo ocultándose durante el día y deambulando por la noche. Como un vampiro. Nadie le daba trabajo, pero sí unos dólares

para que desapareciera de inmediato. Tampoco se le permitía pernoctar en un motel o vulgar pensión.

Todo iba mal para Dearden hasta que descubrió el Lang Cemetery.

Fue algo casual. Aconteció hacía aproximadamente un año. Se había camuflado en un camión con destino a Filadelfia. Antes de llegar a la ciudad saltó del vehículo.

Marty Dearden buscó algún refugio donde pasar la noche. Y llegó hasta el Lang Cemetery. No le importó la compañía de los muertos. Estaba inspeccionando el lugar más adecuado para improvisar un lecho, cuando vio a un conejo salido de Dios sabe dónde saltando por entre las tumbas.

Dearden se consideró un tipo de suerte.

Había encontrado cena y alojamiento.

Empezó la caza del conejo. Saltando y corriendo por entre las tumbas. Le acorraló junto a un panteón situado a continuación de los nichos de la pared sur.

Se lanzó sobre él.

No logró atrapar al conejo, pero en su caída hizo girar levemente la piedra de entrada al panteón.

Dearden se olvidó del conejo

La piedra estaba entreabierta y su movilidad dificultada por los hierbajos situados a la entrada. Logró deslizarla lo suficiente para permitir su paso al interior del panteón.

Descendió tres peldaños.

La cripta era rectangular. Espaciosa. En el centro, el ataúd. De piedra. Con adornos tallados. La grabación en el mármol era breve.

«Al inolvidable Samuel Reynolds.
1891-1933».

Inolvidable...

Dado el estado de todo aquello hacía lustros que se habían olvidado del tal Samuel Reynolds.

Lo que más interesó a Dearden fue el túnel abierto en la pared. Comunicaba con otro panteón. Aún más amplio. Sin ataúd. Quedaba únicamente la huella en el suelo Sin duda había sido trasladado a otro lugar.

Marty Dearden no lo pensó dos veces.

Al fin había encontrado un hogar.

* * *

La conversación de los dos hombres que cavaban la fosa era audible para Marty Dearden.

Hablaban de la que iba a ser enterrada.

Una tal Natalie Burns.

Joven, bella... y muerta.

Marty Dearden descendió de la escalera que le servía para asomarse al nicho de observación.

Se tumbó en la litera.

Sus ojos, aquellos diminutos puntos que destacaban en su purulento rostro, brillaron con fuerza.

«Joven, bella...»

Por el boquete de su boca carente de labios asomó la lengua dejando escapar un hililllo de baba.

Aquella noche iba a tener compañía.

Algo muy difícil de conseguir en el Lang Cemetery. Eran muy pocos los destinados a aquel ruinoso cementerio.

Dearden se incorporó paseando nerviosamente por la estancia.

No había mucho mobiliario. El camastro, una mesa, dos sillas, un armario y un descomunal baúl.

Para instalar todo aquello con comodidad había derribado uno de los tabiques y unido dos de las criptas. Ya no en el panteón de Samuel Reynolds. Había inspeccionado todo aquello en busca del lugar más adecuado. Era semejante a las catacumbas romanas. Seleccionó dos de las criptas lindantes a los nichos de la pared oeste. Recibía aire y luz. Para ello sólo tuvo que perforar el último piso de los nichos. También improvisó una ventana, que comunicaba a la pared oeste. Aquel lado de la muralla resultaba inaccesible desde el exterior. En otro lado una salida de emergencia. Camufló ambas con arbustos que no impedían el paso de aire y luz.

Aquellos dos respiraderos, sin contar el del nicho de observación, eran más que suficientes.

En la noche, cuando encendía la lámpara de gas, protegía las dos entradas con cortinajes negros para impedir que el resplandor pudiera delatarle; aunque nadie visitaba Lang Cemetery durante la noche.

En el año que llevaba allí instalado nadie le había importunado ni habían detectado su presencia. El guardián sólo acudía una vez a la semana. Los martes. A las doce de la mañana Y en menos de una hora concluía su trabajo de superficial limpieza, que se limitaba a las tumbas visibles. Y no todas. Sin duda sólo cuidaba las que le eran encomendadas por los familiares del difunto.

Sí.

Marty Dearden era feliz en su hogar.

Y aquella noche lo iba a ser más.

«Joven, bella...»

Desde el entierro hasta las primeras sombras de la noche, las horas se hicieron eternas para Dearden; pero no podía arriesgarse a salir hasta que oscureciera por completo.

Ya había llegado el momento.

Dearden salió de su refugio.

Con los ojos muy brillantes

Acudió hacia la tumba de Natalie Burns.

CAPITULO V

Marty Dearden manipuló en los cuatro engranajes de la losa situados en cada una de las esquinas.

La piedra se elevó unas pulgadas.

Lo suficiente para que Dearden pudiera deslizarse. Ahora utilizó la pala. Removiendo la húmeda tierra. Pronto entró en contacto con el ataúd. Dejó la pala y apartó la tierra con las manos.

Ayudado con una pequeña linterna buscó los cierres del ataúd haciéndolos saltar con facilidad.

Aquel trabajo le era ya familiar.

Clavó la linterna en tierra y salió de la fosa para poder levantar la tapa del ataúd.

Lo hizo lentamente.

Y lo primero que vio fue aquellos desorbitados ojos, que le contemplaban desde el interior de la caja.

Marty Dearden no tuvo miedo.

Estaba acostumbrado a ser él quien ocasionaba el terror.

Por un instante creyó que la joven había muerto con los ojos abiertos; pero la mortecina iluminación de la linterna le permitió ver algo más.

De entre las desgarradas ropas asomaban los senos femeninos. Subiendo y bajando en descompasado respirar. Surcados por sanguinolentos trazos. El rostro desencajado. Los labios moviéndose trémulos...

Estaba con vida.

Marty Dearden, por primera vez desde el accidente de la Gayner Company, experimentó la sensación de horror. Miedo a lo desconocido. Al Más Allá... Aquella joven había regresado del Reino de las Tinieblas.

El terror era mutuo.

También Natalie Burns le contemplaba con pánico; sin embargo, reaccionó de forma sorprendente.

Tendió sus manos hacia Dearden.

—Sácame de aquí...

Dearden retrocedió instintivamente.

Dudó.

Una indecisión de fracción de segundo.

Atrapó los brazos de Natalie tirando con fuerza hasta levantarla del ataúd.

Las piernas de la muchacha flaquearon. De no ser por los brazos de Dearden hubiera caído de nuevo a la fosa.

Natalie descubrió las demás tumbas. Los nichos. La muralla. Los fantasmales cipreses...

Estaba en un cementerio.

Había salido de la tumba.

Estaba fuera del ataúd.

Entonces...

¿El diablo no...?

Su mirada se enfrentó con la de Dearden.

Estaban muy juntos.

Marty Dearden la sostenía entre sus brazos. Podía percibir su fétido aliento. Su monstruoso rostro...

Natalie cerró los ojos, mientras su cabeza se inclinaba pesadamente.

Se desmayó.

Quedó como una muñeca rota en brazos de Dearden.

—¡Eh...! ¡Despierta...!

Natalie no reaccionó al ser zarandeada.

Marty Dearden cargó con la muchacha, encaminando sus pasos hacia la entrada secreta que le conducía a... su hogar.

Retornó a los pocos minutos para cerrar el ataúd y llenar de nuevo la fosa. Volvió a colocar la losa y ajustó los cuatro resortes. Con ayuda de la pala alisó los alrededores borrando toda huella de su acción.

Acudió a la cripta.

Había depositado a Natalie sobre el camastro.

Marty Dearden la contempló mientras se rascaba ruidosamente la cabeza. No comprendía muy bien aquello, pero lo cierto era que la joven estaba con vida.

Tomó un pañuelo que humedeció en un barreño repleto de agua.

Procedió a limpiar el rostro de Natalie. La sangre manada de sus cejas había teñido de rojo alguno de sus rubios cabellos.

La zurda de Dearden acarició los sedosos cabellos femeninos.

—Son como hilos de oro...

La voz de Dearden sonó ronca.

Sus ojos recorrieron el cuerpo de Natalie. Detenidamente. Admirando su perfección. Quitó las tiras de la desgarrada túnica.

—Una diosa..., es una diosa...

Marty Dearden deslizó ahora su mano izquierda por el rostro femenino. Bajó por el frágil cuello para luego ascender a la turgente colina de sus senos.

Aquellos cálidos y duros senos hicieron estremecer a Dearden. Siguió explorando el cuerpo de Natalie Su liso vientre. Una piel suave que semejaba pétalos de flor.

Natalie abrió los ojos.

Marty Dearden retiró la mano con rapidez.

—No..., no grites... No te asustes de mí... No voy a hacerte daño.

Natalie quedó sentada en el camastro.

Parpadeó.

Terminó por centrar su mirada en Dearden.

En su rostro.

Fijamente.

Marty Dearden sólo tenía pelo en el lado izquierdo de la cabeza. En la

frente se formaban unas protuberancias amorfas y supurantes, que palpitaban como si tuvieran vida propia. Los ojos carecían de párpados o tal vez se confundían en aquella deforme masa de carne costrosa. La nariz se limitaba a dos contráctiles y repulsivos orificios. Carecía de labios. Su boca era un nauseabundo boquete.

—¿Quién eres?

—Dearden... Marty Dearden...

Natalie trazó ahora una mirada a su alrededor.

La lámpara de gas sobre la mesa, sillas, el armario...

—¿El guardián del cementerio?

Dearden rió.

Una risa gutural.

—Oh, no... En el Lang Cemetery no hay guardianes. Yo me he refugiado aquí. Llevo algo más de un año escondido.

—¿Por qué?

—Es el único lugar que he encontrado. Mi..., mi rostro causa horror y repugnancia.

Natalie volvió a mirarle.

Fijamente.

—Mi nombre es Natalie.

—Sí, lo sé. Natalie Burns.

—¿Lo sabes? Ah, comprendo... Figura en la lápida, ¿no es cierto?

—También lo oí mencionar a los que cavaron la fosa. Hablaban de una mujer joven y bella...

—Me enterraron viva, Marty —dijo Natalie, con extraña inflexión de voz —. Desperté allí dentro. En el ataúd.

—No debió ser muy agradable.

Natalie se contempló las manos manchadas de reseca sangre. Las uñas rotas. Mechones de cabello aún ensortijados en los dedos. Las rodillas hinchadas. Los rasguños en el vientre, en los senos, en el rostro...

—No..., no lo fue... He sufrido la más espeluznante experiencia que puede vivir un ser humano. La gradación del terror. La más alucinante de las angustias... En pocos minutos he vivido una eternidad. En una caja de madera he recorrido todo un mundo de horror.

—Lo importante es que estás con vida.

Natalie sonrió por primera vez.

En enigmática mueca.

—Sí..., eso es lo importante.

—Quiero pedirte un favor, Natalie... No me delates.

—¿Delatarte?

Dearden asintió.

—Este es un buen lugar para mí. Aquí paso desapercibido. Nadie me molesta. Cuando te pregunten quién te sacó del ataúd puedes decir que fue un vagabundo o un saqueador de tumbas, que huyó asustado al ver que estabas

con vida.

—¿Esa era tu intención, Marty? ¿Encontrar algo de valor en el ataúd?

Dearden no respondió.

Sus ojos, fijos en el desnudo cuerpo de la muchacha, fueron la mejor de las respuestas.

Natalie chasqueó la lengua.

—Debes sentirte muy solo, Marty; pero eso acabó para ti. Jamás volverás a recurrir a la necrofilia.

—¿No me delatarás?

—Estoy muerta, Marty. ¿Lo has olvidado? —Rió Natalie, en estridente carcajada—. ¡Muerta! Todos lloran a la malograda Natalie Burns. No pienso regresar al mundo de los vivos. Voy a quedarme aquí contigo, Marty.

Natalie también había encontrado un hogar.

CAPITULO VI

El crujir del camastro era ruidoso.

Un chirriar sin tregua.

Una extraña música para una escena de amor. Tampoco el lugar era el más apropiado.

La excitación de Dearden hacía más horripilantes sus facciones. Las cicatrices incrementaban su tono verdoso, palpitando contráctiles en nauseabunda visión.

Y Natalie no había permitido que apagara la lámpara de gas.

El jadear de Dearden fue en aumento. Al igual que el de la muchacha. Sus desnudos cuerpos también incrementaron el frenético danzar. Un lujurioso vaivén, que cesó al alcanzar el clímax.

Quedaron inmóviles.

Sudorosos.

Marty Dearden se ladeó para paliar el peso de su cuerpo. Mantuvo sin embargo el rostro sobre los senos femeninos.

—Natalie...

—¿Sí?

—Me has hecho el más feliz de los hombres... Jamás soñé que...; desde el accidente no creí que...

La voz de Dearden se quebró.

Hundió aún más su rostro en el pecho de Natalie, abrazándose a ella.

Las facciones de Natalie permanecían impasibles. La mirada fija en el techo. En un indefinido punto.

—Háblame de ti, Marty.

Y Dearden habló.

Dio rienda suelta a su espantosa soledad de diez años. La vida feliz antes del accidente, el ácido sobre su rostro, el internamiento en centros psiquiátricos, su marginación, su soledad...

—La cirugía plástica hace milagros, Marty.

—Lo intentaron. Puede que resulte increíble, pero mi rostro era aún más monstruoso que el de ahora. Me hicieron algunos injertos en la piel.

—Con varios miles de dólares en los bolsillos el resultado habría sido otro, Marty. Tenlo por seguro. Hay clínicas privadas de cirugía plástica que realizan verdaderos prodigios.

—Yo no tengo un centavo. Lo poco que consigo es saqueando los cadáveres. Y Lang Cemetery no es de los más distinguidos y frecuentados.

—El peor de Filadelfia —murmuró Natalie—. No fueron muy generosos.

—¿De qué hablas?

—Olvídalo.

Marty Dearden alzó la cabeza.

—Natalie..., ¿en verdad que no te doy repugnancia? ¿Terror? Eres la única

mujer que... Hace años que no... Recuerdo que poco después de mi salida del centro sanitario intenté acercarme a una prostituta. La más vieja y degradada de Pittsburgh. Le ofrecí todo cuanto había ganado en la granja ¡Cerca de los ochocientos dólares! Me rechazó, dominada por las náuseas y el horror.

—Todo va a ser diferente ahora, Marty. Yo te proporcionaré las más bellas mujeres que puedas imaginar.

—¿Qué quieres decir?

Natalie le apartó para levantarse del camastro

—Ya hablaremos de ello. ¿Hay agua? Quiero lavarme.

—En ese barreño.

—Necesitaré más.

Dearden comenzó a vestirse con rapidez.

—Iré a por ella. Hay una fuente a unas trescientas yardas. ¿Quieres alguna otra cosa? Pronto amanecerá y es mejor hacerlo ahora.

—Necesitaré ropa y...

—En el armario encontrarás vestidos, zapatos... —Dearden se interrumpió. Tras leve pausa, añadió—: Son de...

La joven sonrió.

—¿De los cadáveres saqueados?

—Sí. Cuando tengo un buen lote marcho a venderlo lejos de Filadelfia.

—Alguno me servirá, Marty. De momento sólo quiero el agua.

—¡Volveré en seguida!

Natalie rebuscó en el armario. Ropa femenina y masculina se entremezclaba desordenadamente. Seleccionó algunas prendas. También una sábana.

Se colocó de pie en el barreño.

Una pastilla de jabón poco aromática fue contrarrestada con el perfume de dos frascos de esencia.

Procedió a lavarse los brazos, las axilas, el busto... Con ayuda de una pequeña jarra iba volcando el agua por cada una de las zonas de su cuerpo enjabonadas.

Ya casi había concluido cuando retornó Marty Dearden portando voluminosos bidones de agua.

Dearden quedó como paralizado.

La belleza de Natalie le aturdía. La visión de aquel desnudo y escultural cuerpo le parecía imposible. Producto de su imaginación. La imagen escapada de uno de sus irrealizables sueños.

—¿Ya de regreso? Magnífico, Marty. Alcánzame aquella sábana.

Dearden obedeció como un autómata.

Depositó los dos bidones en el suelo atrapando la sábana. Se aproximó a Natalie. Lentamente tendió su diestra para deslizaría por el seno izquierdo de la muchacha. El contacto con aquella piel mojada hizo crispar sus dedos, que se aferraron al turgente globo de carne.

—Eres maravillosa. Como una...

El violento trallazo hizo enmudecer a Dearden.

Fue un golpe seco.

Descargado con ira.

Natalie había tomado impulso. El brazo derecho extendido realizó un amplio semicírculo antes de alcanzar el rostro de Dearden. La abierta mano se abatió sonoramente contra la mejilla.

Marty Dearden retrocedió, aunque más por el estupor que acusando la violencia del golpe.

—No lo vuelvas a hacer Marty —silabeó Natalie—. No vuelvas jamás a tocarme sin mi consentimiento. ¡Jamás te atrevas a intentarlo! Yo te diré cuándo puedes hacerlo.

—Pero yo..., yo...

—Comprendo perfectamente tus... impulsos, Marty. Prometo que serán saciados, pero a mí debes respetarme y obedecerme. ¿De acuerdo?

—No podré dominarme...

—Okay. Entonces me marcharé de aquí.

—Puedo retenerte a la fuerza... Aquí nadie acudirá en tu ayuda.

Natalie sonrió.

—Cierto. Puedes imponer tu fuerza. Disfrutar de mi cuerpo siempre que quieras; sólo que entonces no encontrarás a una apasionada Natalie respondiendo a tus caricias. Seré como un cadáver más, Marty. Uno de esos que acostumbras a ultrajar.

En el rostro de Dearden se reflejó la angustia.

Sí.

Aun en aquella deforme masa de cicatrices y pústulas quedó latente la desesperación.

—No, Natalie... ¡No...! Te necesito... Haré lo que tú digas... No te separes de mí... Te obedeceré en todo...

—¿En todo?

—Seré tu esclavo...

Una cruel sonrisa se dibujó en los labios de Natalie.

Y Satanás, desde el más tenebroso de los círculos del Averno, se regocijó con aquella sonrisa.

* * *

Natalie movió la cabeza afirmativamente.

—Has hecho un buen trabajo, Marty. Ciertamente es muy difícil que alguien llegue a descubrirte.

La boca de Dearden, aquel nauseabundo boquete, se abrió desmesurada al reír complacido.

—También tomo precauciones. Pocas veces salgo de aquí a la luz del día. Y de noche... ¿quién visita un cementerio en la noche? ¡Y menos el Lang Cemetery!

—Esto eran dos criptas independientes, ¿verdad?

—Sí. Derribé el tabique de separación para hacerlo más amplio.

—¿Qué hay en el siguiente? ¿Otro panteón?

—En aquel lado, sí. La otra pared comunica con los nichos. Espera... Te enseñaré algo.

Marty Dearden se aproximó al armario. Lo empujó deslizándolo y descubriendo un agujero practicado en la pared. No muy grande, pero sí lo suficiente para permitir el paso en cuclillas de cualquier persona.

—Es una salida de emergencia —explicó Dearden, orgulloso—. Si soy descubierto puedo escapar de aquí. He perforado en todos los panteones. El último, lindante con la muralla, lo he camuflado con piedras y arbustos.

—Sí... Un magnífico trabajo, Marty; aunque esto se quedará algo pequeño para los dos.

—¡Derribaré otro tabique!

—¿Hay algún... inquilino?

—Es una de las criptas más grandes del cementerio. Cuatro tumbas, pero puedo empujarlas a otros panteones por el agujero de la pared. Así me he desprendido de las de aquí.

—Empieza a trabajar en ello, Marty. Ahora mismo. Aprovecha las horas que faltan para el amanecer. ¿Tienes algún dinero?

—Creo que sí, aunque no mucho...

Marty Dearden abrió el descomunal baúl situado al fondo de la tenebrosa estancia. Extrajo una caja de cigarros, que ofreció a Natalie.

La muchacha no la abrió.

Tenía la mirada fija en el contenido del baúl.

—¿Qué... qué es eso?

Dearden rió divertido.

—Pelo. Cabello femenino. Se paga bien. Con una máquina de rasurar afeito las cabezas de...

—Esto es una peluca —interrumpió Natalie, cogiendo una mata de sedoso cabello negro.

Dearden rió ahora a carcajadas.

—Algunos cadáveres los adornan con pelucas. Casi siempre en mujeres viejas o de escaso pelo.

Natalie se la ajustó.

—¿Seguro que no tienes ningún espejo?

—No. No me gustan los espejos. Es fácil comprender la causa.

—¿Qué tal estoy?

—Pues... distinta.

—Esa es la palabra que quería oír. ¡Distinta! —Natalie abrió la caja de cigarros—. Doce dólares con cuarenta centavos... En verdad no es mucho.

—Si necesitas más puedo ir a vender algo. Tengo algunas sortijas, pulseras, pendientes...

—Yo sé cómo conseguir dinero en abundancia, Marty. Ahora debo irme.

El rostro de Dearden volvió a palpitar contráctil.

Agrandó los ojos.

—¿Irte?

—Tranquilo, Marty. Regresaré. No te preocupes. Tú me necesitas... y yo a ti. Juntos vamos a hacer grandes cosas. Vamos a llenar las páginas de los periódicos de sucesos que jamás serán olvidados en Filadelfia.

CAPITULO VII

Natalie empezaba a desesperar.

Llevaba ya caminando más de una hora. Sin que un solo vehículo circulara por la comarcal que conducía al Lang Cemetery. No había duda de que se trataba de una ruta con poco atractivo. El hecho de que concluyera en el mismísimo camposanto hacía aún más desértico el camino.

Fue a las trescientas yardas de salir de la comarcal y cuando caminaba por uno de los accesos a Filadelfia. Cuando ya la incipiente claridad de un nuevo día disipaba las últimas sombras.

El auto era un Buick.

Los faros iluminaron a Natalie, que agitaba los brazos al borde de la cuneta.

Y el Buick se detuvo.

Lógico.

Muy pocos hubieran seguido la marcha después de ver aquello.

Natalie había seleccionado como vestimenta una falda y una blusa blanca. Y antes de hacer las señales al auto desabotonó la blusa dejando de ceñirla bajo la falda.

Los juveniles y erectos senos quedaron visibles.

—¡Por favor, ayúdeme! —exclamó Natalie, volcándose sobre la ventanilla del vehículo.

El conductor del Buick era un individuo de unos cincuenta años de edad. Bizqueó al contemplar aquellos senos a poca distancia de su rostro.

—¿Qué..., qué le ha ocurrido? ¿Está herida...?

Natalie se acarició los arañazos de las mejillas, aunque el individuo tenía la mirada fija en los rasguños dibujados sobre los senos femeninos.

—No es nada importante... Iba con un chico. Le conocí en una discoteca. Me llevó a cenar a Garden Road, pero cuando regresábamos a Filadelfia se detuvo en un descampado. Intentó violarme. Me defendí, me arañó..., pero logré escapar. ¡Llevo caminando horas!

—Suba. La llevaré a su casa.

—Gracias..., gracias...

Natalie se acomodó junto al individuo.

Sin abotonarse la blusa.

Tampoco se molestó en bajar la falda, que había subido hasta mitad del muslo.

El auto reanudó la marcha.

—Hay mucho desaprensivo suelto, señorita. Hace poco leí en el Philadelphia Inquirer que un...

Natalie rompió a llorar.

El individuo forzó una sonrisa.

—Oiga... no..., no llore... Ya pasó todo.

—No puedo presentarme así en casa —sollozó Natalie—. No tengo madre. Mi padre es un hombre muy violento. Le dije que iba a pasar la noche estudiando en casa de una amiga. No puedo presentarme ahora en este estado.

—Yo... no sé cómo puedo ayudarla...

—Al huir dejé mi bolso..., no tengo dinero... Mi intención era pernoctar en un motel, tranquilizarme y esperar la hora en que mi padre marcha a trabajar a la fábrica. Entonces regresaría a casa.

—Con gusto le pagaría el motel, pero...

—¡Por favor! —Suplicó Natalie, aferrando el brazo del individuo—. Le quedaría muy agradecida.

El hombre tragó saliva.

Natalie le apretaba el brazo contra sus desnudos senos.

Podía percibir el calor que emanaba del cuerpo femenino.

—Si dejó el bolso de seguro también la documentación, ¿no es cierto? Dudo que la admitan en un motel. Es demasiado joven. Incluso tal vez menor de edad.

—Oh, no... Aparento menos, pero ya he cumplido los veintidós años.

Aquello pareció tranquilizar al individuo.

Sonrió.

—Se me ocurre una idea. Yo tengo una pequeña casa de campo a pocas millas de aquí. Precisamente vengo ahora de allí. Mi mujer me mandó a recoger... Bueno, se trata de un lugar tranquilo y discreto. Puede descansar allí unas horas. ¿Qué le parece?

Natalie dudó.

Su intención era sacarle unos veinte o treinta dólares; aunque tal vez fuera mejor aquella proposición.

El hombre interpretó mal la indecisión de la muchacha.

—Desconfía de mí, ¿verdad? Es comprensible después de la amarga experiencia que acaba de sufrir.

—Se equivoca. ¿Cuál es su nombre?

—Levinson. Charles Levinson.

—Pues bien, Charles. Con ese chico que salí estaba dispuesta a hacer el amor. Me gusta hacer el amor..., pero me desagrada la violencia. Todos los jóvenes se comportan así. Los hombres de su edad son más... caballeros y expertos.

El tal Charles Levinson no se esforzó en ocultar el lascivo brillo que asomó a sus ojos. Fijó descaradamente la mirada en los pechos de Natalie.

Cambió la dirección del Buick.

—¿Cómo te llamas?

—Natalie.

—Voy a tomarme la mañana de fiesta. Llamaré al banco para decirles que no acudiré hoy al trabajo. Soy uno de los directivos, ¿sabes?

—No sé cómo agradecer lo que haces por mí, Charles.

Levinson, sin desatender el volante, pasó su diestra entre los muslos de la

muchacha.

—Yo sí lo sé, pequeña...; yo sí lo sé...

Charles Levinson sonrió interiormente imaginando la cara de sus amigos cuando les contara la aventura.

Una joven con los senos al aire que le detenía el auto y...

No se lo iban a creer. Claro que tampoco Charles Levinson iba a poder contarlo.

* * *

Charles Levinson difícilmente controlaba su impaciencia.

Natalie terminaba de ventilarse su segundo y grueso sándwich acompañado de una tercera lata de cerveza.

—Parece que no fue muy copiosa la cena en Garden Road.

Natalie sonrió limpiándose los labios con una servilleta.

—Me gusta mantenerme en forma.

—Ya lo estás —casi rugió Levinson—. Natalie...

—¿Sí?

Charles Levinson no era individuo de grandes iniciativas. Al menos con las mujeres. Únicamente había alternado con profesionales del amor. Con azafatas que amenizaban algunas de las reuniones para altos ejecutivos. Siempre eran ellas las que marcaban el camino.

Con Natalie iba a ser distinto.

Era su conquista.

Un maravilloso plan que le había surgido.

Y Levinson no quería desaprovechar aquella ocasión. De ahí su audacia. Un atrevimiento que a él mismo sorprendía.

Natalie estaba sentada frente a la mesa de la cocina. En una de las fuentes que había sacado del frigorífico se veía caviar, foie-gras, queso, jamón... También pan de molde.

Charles Levinson se había situado tras la muchacha. Posó sus manos en los hombros femeninos para acto seguido deslizarlos por la entreabierta blusa. Aprisionó los erguidos senos.

—Déjame terminar esta rebanada —sonrió Natalie, extendiendo el caviar mediante un cuchillo.

Levinson no pareció oírla.

Sus manos siguieron los senos de Natalie. Acariciándolos una y otra vez. Estrujándolos ávidamente.

Natalie se incorporó obligándole a apartar las manos.

Giró hacia Levinson.

Sonrió sensual.

Aquellos húmedos labios enloquecieron a Levinson. Se lanzó sobre ellos en voraz beso. Se abrazó a Natalie. Apretujándose contra el cuerpo femenino. Deslizó las manos por la espalda de Natalie hasta posarlas en las compactas

nalgas, que atrajo contra sí con fuerza.
Comenzó a jadear murmurando ininteligibles palabras.
Súbitamente hizo un extraño movimiento.
Una especie de espasmo.
Lentamente sus brazos dejaron de aprisionar a Natalie.
Retrocedió.
Una mueca de estupor se reflejó en el rostro de Levinson. Llevó su diestra al lado izquierdo del abdomen. Al retirarla bañada en sangre se acentuó el estupor en sus facciones.
—¿Por... qué?
Natalie seguía sonriendo.
Incluso cuando el ensangrentado cuchillo, todavía con restos de caviar, volvió a hundirse en Levinson.
Ahora en el estómago.
Charles Levinson cayó de rodillas, aferrándose desesperadamente a la cintura de la muchacha.
Natalie le sujetó los cabellos. Tiró hacia atrás la cabeza de Levinson a la vez que le clavaba el cuchillo en la garganta. La sangre brotó abundante.
Le empujó con la rodilla.
Natalie se inclinó para registrarle los bolsillos.
En la billetera encontró documentos personales, tarjetas de crédito y unos seiscientos dólares en efectivo.
Charles Levinson tenía los ojos abiertos.
Natalie se percató de ello.
Sonrió al coger nuevamente el cuchillo.
Alternativamente hundió la hoja en los desorbitados ojos de Levinson.
Una y otra vez.
Salvajemente.
Fue como si dos surtidores brotaran del rostro de Levinson. El rojo líquido hizo reír a Natalie en satánica carcajada.

* * *

Una de las habitaciones del bungalow correspondía a la hija de Levinson. Judith Levinson, según constaba en una tarjeta de crédito depositada en uno de los cajones de la mesa de noche.
Natalie se sentó frente al boudoir.
Su imagen se reflejó en el espejo del tocador.
Se contempló los arañazos del rostro. Los disimuló con el extenso surtido de cosméticos del boudoir. Se ajustó también la peluca, peinándola cuidadosamente. Discreto carmín en los labios y marcado maquillaje en los ojos.
Fue hacia el armario.
Allí sí encontró modelos de actualidad. Se decidió por un juvenil vestido

camisero. También apartó un juego de ropa interior y unos pantys.

Minutos más tarde el longitudinal espejo del armario reflejaba a una Natalie muy distinta a la que saliera del Lang Cemetery.

Tomó un bolso a juego con el vestido. Guardó allí el dinero y la tarjeta de crédito a nombre de Judith Levinson.

Luego se dedicó a borrar toda huella de su paso.

Al abandonar el bungalow fue recibida por los rayos del sol, que ya brillaban como preludio de un luminoso día.

Natalie se introdujo en el Buick.

Conectó el radiocasete.

Amenizada por el *Blow away*, de George Harrison se alejó del paradisíaco Boyle Hill.

Atrás quedaba un cadáver.

El primero de una larga lista.

CAPITULO VIII

La angustia se reflejaba en los ojos de Dearden.

Desde su punto de observación controlaba la entrada al Lang Cemetery. Llevaba allí horas. Desde que empezó a oscurecer. Ahora las sombras de la noche ya eran dueñas del solitario lugar. El impresionante silencio sólo era turbado por el canto de los grillos y el mecer de los cipreses.

Y la susurrante voz de Marty Dearden.

Como una plegaria.

—Natalie... Natalie...

Sí.

Dearden dudaba ya del regreso de la muchacha.

La idea de no volver a verla le atormentaba.

Su desesperación aún se prolongó durante un par de horas más. Hasta que vio aparecer a Natalie.

Como una sombra más.

Deslizándose fantasmagórica por entre las tumbas. Portaba una voluminosa valija.

Marty Dearden acudió presuroso a mover la pesada piedra de acceso a la cripta.

—Natalie...

—Buenas noches, querido. Toma la maleta. ¡Pesa como plomo!

Dearden obedeció mansamente.

Descendió los peldaños del panteón, seguido de Natalie.

—Empezaba a temer por tu regreso. Creí que no...

Marty Dearden enmudeció.

Contemplando estupefacto a la joven.

Ahora, a la luz de la lámpara de gas, era visible la transformación de Natalie.

Rió divertida.

—¿Sorprendido Marty?

—Tus..., tus ojos ya no son azules...

—Llevo lentillas. También me he teñido el pelo de oscuro. Esto no es una peluca —Natalie agitó sus sedosos cabellos—. ¡He permanecido horas en un instituto de belleza! Me han tratado también los arañazos. Apenas se me notan.

—¿Por qué...? ¿Por qué ese cambio? Me gustas más con tu pelo rubio, tus ojos azules...

—Ya recuperaré mi primitivo aspecto una vez terminado el trabajo.

—¿Trabajo? No comprendo...

Natalie se sentó en el camastro. Del bolso de mano extrajo una cajetilla de «Merit-Menthol».

Encendió parsimoniosamente un cigarrillo.

—Voy a contarte una historia, Marty. Seré breve. Tú no has sido afortunado en la vida. Tampoco yo. Mi padre fue un bastardo. Siempre estaba sin trabajo. Mi madre fregoteaba en las casas de los vecinos para ganar algún dinero; pero era muy poco. Y eso irritaba a mi padre. «Te estás estropeando por unos miserables dólares —le decía—. Yo puedo hacer que ganes más dinero...» Cierto. Un día se presentó en casa con un individuo. Nos llevó a mi hermano Tommy y a mí al zoo. Mientras que el fulano quedaba a solas con mi madre. Doscientos dólares. Más rentable que fregotear suelos, ¿verdad?

—Natalie...

—Déjame continuar. Aquello fue el principio. Mi madre no supo negarse. Conocía sobradamente los castigos que suponía el desobedecer. También yo. Y Tommy. Todos en casa conocíamos las brutalidades de mi padre. Yo tenía en aquel entonces trece años. Tommy ya había cumplido los diez. Cierto día surgió una violenta discusión entre mis padres. Creí que se trataba de una más, pero iba a ser diferente. Apareció mi madre con el machete de la cocina. Ensangrentado. Como una autómata pasó ante mi hermano y yo. Fue hacia el ventanal. Segundos más tarde se escuchó su cuerpo chocar contra el asfalto. El cadáver de mi padre tuvo que ser retirado de la cocina con pinzas. La policía nos interrogó sobre lo ocurrido, pero Tommy y yo guardamos silencio.

—¿Por qué le mató?

Natalie succionó el cigarrillo.

Sonrió en fría mueca.

—Una de las... amistades de mi padre había fijado sus ojos en mí. Yo tenía trece años, pero eso importaba muy poco para el bastardo de mi padre. El fulano le ofrecía mil dólares. ¡Mil dólares! Mi madre se opuso y... Eso fue todo. Tommy y yo fuimos separados e internados en instituciones benéficas. Allí aprendimos a dar las gracias por todo cuanto generosamente recibíamos de la sociedad. Miseria y candad. Dos auténticas plagas. A cuál de ellas peor. Yo conocí ambas, Marty. Y prefiero la miseria a la caridad mal administrada. Mi hermano se escapó de aquella... institución benéfica a los catorce años. Tres meses más tarde era el jefe de una de las bandas de delincuentes juveniles más temidas de Chicago. Al huir de un coche patrulla cayó desde lo alto del Parry Gate. Murió en el acto. Yo salí a los diecisiete años. Con un contrato de trabajo para la Sharp Co. de Chicago. Incrementé los conocimientos de secretaria adquiridos en el centro, pero también comprendí que estaba siendo explotada. Abandoné Chicago. Un par de años en Nueva York. Y finalmente en Filadelfia. Terminé ingresando en la Behrens Chemical. Desde la muerte de Tommy me había jurado a mí misma huir de todo signo de miseria y mediocridad. En la Behrens Chemical iba a conseguirlo. Philip Behrens, propietario y fundador, estaba dispuesto a casarse conmigo.

—¿Es cierto eso?

—Seguro, Marty. La boda ya estaba anunciada para dentro de unas semanas. No contaba con la aprobación de la hermana de Philip, ni la de su

hija Jennifer, ni la de su yerno Frederic... Todos estaban contra mí. Soporté todo tipo de desprecios y humillaciones. Ya me desquitaría al convertirme en la señora de Behrens; pero ellos tenían un último plan. ¡Enterrarme viva!

Dearden sacudió la cabeza.

—Nadie es enterrado en...

—¡Yo lo fui, Marty! Ellos lo planearon con ayuda del doctor Eddie Browning.

—¿Estás segura?

—Sí. Recuerdo, sumergida en aquel extraño letargo, una conversación de Stella Behrens y Eddie Browning. Se congratulaban del éxito. Reían imaginando mi despertar en el ataúd, sin poder salir..., mi desesperación..., mi...

El rostro de Natalie se transfiguró.

Sus facciones se desencajaron.

Súbitamente, en fracciones de segundo, se calmó esbozando en sus labios una sonrisa.

—Ahora ha llegado mi momento, Marty. Voy a castigarles. Les quitaré el dinero... y la vida. Necesito tu ayuda. Serás partícipe de mi venganza. Una vez concluida, y con miles de dólares en nuestro poder, nos marcharemos de aquí. A Europa o Sudamérica. Tú y yo juntos, Marty.

—Sí, Natalie —murmuró Dearden, con ronca voz—. Mía es también tu venganza. Les castigaremos.

—Sin piedad.

Dearden asintió.

—Sin piedad.

* * *

El estupor de Marty Dearden iba en aumento.

—¿Es..., es para mí?

—Ahá. De lo mejorcito que encontré en Jones City. También yo me he comprado algunos vestidos.

—¿Cómo llegaste hasta Jones City? —Inquirió Dearden, contemplando la chaqueta sport, el pantalón, la fina camisa, los zapatos y demás complementos —. ¿De dónde sacaste el dinero?

—Conseguí un auto y una tarjeta de crédito. Fui a Jones City para pasar más desapercibida. Compré un auto. Un Chevrolet de segunda mano. Tengo otra sorpresa para ti, Marty.

Natalie rebuscó en la maleta hasta dar con una caja etiquetada por una firma de artículos ortopédicos.

La abrió ofreciéndola a Dearden.

—¿Qué es?

—Ya lo ves, Marty. Una mascarilla.

—No pienso ponérmela —dijo Dearden, con apesadumbrada voz—. Si te

causo repugnancia me ocultaré a tu mirada y...

—No digas tonterías. Sólo la utilizarás cuando me acompañes a Filadelfia. No me importa tu mutilado rostro, Marty. Creí que ya había quedado demostrado.

—Pero...

—No puedes ir por Filadelfia llamando la atención, Marty. Y yo quiero que me acompañes. La única solución es una mascarilla. ¿No te seduce la idea de pasear por Filadelfia como un ciudadano más? Es una mascarilla especial, Marty. Científicamente diseñada con piel artificial. Me garantizaron que se ajusta al rostro como un guante. Y que nadie se percata de su uso. Pruébala. Marty.

Dearden dudó.

Lentamente se acopló la máscara.

Natalie le ayudó a ajustársela perfectamente.

—Espera. Me dieron también un líquido especial de maquillaje y adhesión. Voy a darte unos retoques...

Dearden, aunque molesto, dejó hacer a la muchacha.

Natalie tomó un espejo de la maleta.

Lo situó frente a Dearden.

Marty Dearden tardó en reaccionar.

Se palpó el rostro con ambas manos.

—Es..., es increíble... Todos los movimientos parecen naturales..., puedo respirar perfectamente y...

—Es lo más avanzado en cirugía plástica. Con una peluca del armario el efecto será aún mayor. Ya puedes quitártela, Marty. Estando solos te prefiero sin ella.

Dearden se despojó de la máscara.

Fue un duro contraste descubrir de nuevo sus horribles facciones. Resultaba difícil, más bien imposible, catalogar su expresión; pero en el deforme rostro de Dearden se adivinaba una sonrisa de agradecimiento.

—Natalie...

La joven le rechazó.

—Ya es muy tarde, Marty. Y debo ordenar todo lo que he comprado. ¿Has cenado?

—Sí.

—Si te apetece he comprado latas de cerveza y alimentos preparados. Mañana, al anochecer, emprenderemos nuestra venganza. Durante el día ultimaremos detalles.

—Lo que tú digas, Natalie.

—Ah, me olvidaba... Sé que me ofrecerías gustoso el camastro y dormirías en el suelo; pero prefiero un lecho más confortable. Vuelve a quitar la losa de mi tumba y saca el ataúd.

—¿El ataúd?

—Sí, Marty. Está forrado en terciopelo rojo. Lo instalarás aquí.

—¿No pensarás...?
Natalie sonrió.
—Correcto, Marty. Voy a dormir en él.

CAPITULO IX

El gesto de Stella fue harto elocuente.

Un desprecio que también se reflejó en sus ojos.

—Ya te lo he dicho, Eddie. Tengo una cita. Llegaré tarde por tu culpa.

—Esta era nuestra noche.

—Lo olvidé.

—No lo olvidaste estas últimas semanas —murmuro el doctor Browning —. Cuando tratabas de convencerme para desembarazarte de Natalie Burns. Ahora ya no me necesitas, ¿verdad?

Stella se incorporó del taburete del tocador.

Dirigió a Browning una furiosa mirada.

—¡No seas ridículo! Tengo un compromiso ineludible. Eso es todo. ¿No puedes comprenderlo?

—¿Con Stewart? ¿Steve Salkow? ¿Con el periodista del Philadelphia W. Press...!

—¡Vete al diablo!

—Perdóname, Stella... Estoy loco por ti.

Eddie Browning tendió sus manos hacia la mujer. Intentó abarcarla por la cintura y besarla, pero fue rechazado.

—No quiero estropear el maquillaje, Eddie. Y ahora vete. Contigo deambulando por la habitación no termino de arreglarme.

Browning inclinó la cabeza.

—Sí, me voy...; pero no intentes olvidarme como un objeto inútil. Estamos unidos por un crimen, Stella. Tú me has convertido en un asesino. Por ti he llegado a matar... y volvería a hacerlo. Eres tan bella como cruel. Debí comprenderlo años atrás. Cuando caí en tus redes por primera vez. ¿Por qué, Stella? ¿Por qué lo hiciste? Yo jamás te había deseado. Eras para mí la hermana menor de Philip. Sólo eso. El médico de la familia. ¿Por qué ocurrió?

—¿De qué me hablas ahora?

—Demasiado lo sabes, Stella. Hace diez años. Lo recuerdo perfectamente. Una súbita indisposición te hizo guardar cama el mismo día de tu cumpleaños. Veinticuatro años, ¿lo recuerdas? Me llamó Philip y dictaminé un vulgar enfriamiento. Volví al día siguiente. Philip no estaba. Ni Jennifer. Sólo los sirvientes. Te tomé el pulso. Tu cuerpo ardía. Quemaba. Los ojos encendidos...; pero no tenías fiebre. Me cogiste la mano para llevarla sobre uno de tus senos. Sin dejar de mirarme. Con aquel extraño brillo... Traté de rechazarte. Incluso recriminé tu acto. Bien sabe Dios que lo intenté, pero mi mano seguía entre las tuyas. La deslizaste por tu vientre para luego aprisionarla entre tus muslos. Y aquel fuego de tu cuerpo me alcanzó. Me obligaste a caer en las llamas. ¿Por qué, Stella? ¿Qué significaba yo para ti? ¿Por qué te fijaste en un individuo que casi te doblaba en edad?

La mujer rió divertida.
—Eres el único que tenía a mi alcance. Llevaba dos días en cama. Muy aburrida. Sin recibir visitas por orden de Philip. Recuerdo que terminaba de leer una novela pornográfica. Llegaste tú...
—¿Y luego? ¿Por qué continuar jugando conmigo? ¿Por qué arrastrarme en tu desenfrenada pasión?
Stella se encogió de hombros.
—Estaba muy controlada, Eddie. Ya sabes que Philip guarda mucho las apariencias. Tú, dada la vinculación con la familia, eras accesible... y discreto. No me culpes. De eso hace ya muchos años. Después te olvidé. Fuiste tú quien acudió a mi lado. Insistiendo. De vez en cuando, casi por no oírte gimotear, te franqueaba la puerta de mi dormitorio.
—Te sugerí casarte conmigo.
—¡No me lo recuerdes! —Rió Stella, en estridente carcajada—. Fue muy divertido.
—Sí..., muy divertido...
Stella inspiró con fuerza.
Sus exuberantes senos asomaron por el audaz escote de la bata.
—Oye, Eddie. Te estoy muy agradecida por lo de... Natalie. Y no olvidaré el favor; pero hoy no es la noche. Te llamaré ¿de acuerdo? La semana que viene.
Eddie Browning fue empujado fuera de la habitación.
Hasta el living.
El doctor, cabizbajo y sin añadir palabra, abandonó el apartamento de la mujer.
Stella retornó al dormitorio abriendo el longitudinal armario de doble hoja. Extendió un elegante vestido de noche sobre el lecho.
Se despojó de la bata.
Su cuerpo quedó tan sólo con un reducido slip. De uno de los cajones del armario extrajo el sujetador. Un modelo que dejaba al descubierto el busto, manteniéndolo erguido mediante cintas elásticas.
Stella se contempló complacida en el espejo.
Cuando se disponía a coger el vestido sonó el llamador de entrada.
De los labios de Stella brotó una exclamación muy poco femenina.
Se ajustó precipitadamente la bata acudiendo furiosa al living.
Abrió la puerta.
—¡Eddie, no...!
Enmudeció su iniciada protesta.
No era Eddie Browning.
Un individuo sonreía bajo el umbral. Sus inexpresivas facciones hicieron estremecer a Stella. Era un rostro difícil de describir. Atractivo, aunque frío y pálido.
—¿Qué..., qué desea?
Tras el desconocido surgió una mujer.

Joven.

—Hola, Stella. ¿Podemos pasar?

Stella, en un principió, no la reconoció; pero sí identificó su voz. El estupor la paralizó.

—No..., no es posible...

Cuando Stella quiso reaccionar ya era demasiado tarde.

Natalie y Marty Dearden habían penetrado en el apartamento, cerrando tras de sí.

—¿Por qué no, Stella? —Sonrió Natalie—. Tú sabes que no estaba muerta. Lo lógico era salir del ataúd. El Lang Cemetery no es confortable.

Stella retrocedió pálida de terror.

—No... ¡No eres Natalie...! ¡No puedes ser Natalie!

—Por favor, Stella. Siempre has sido una mujer de carácter. No me defraudes. Por supuesto que soy Natalie. Tu... amiga Natalie. Teñirme el pelo y unas lentillas no es suficiente para hacerme irreconocible.

Stella había retrocedido hasta el salón comunicante con el living. Se precipitó hacia el teléfono.

Marty Dearden sólo tuvo que dar dos grandes zancadas y alargar la diestra.

El trallazo en el rostro hizo caer aparatosamente a Stella. Arrastrando la pequeña mesa y el teléfono. Quedó sobre la moqueta. La bata se abrió. El frágil diseño del sujetador hizo saltar las cintas elásticas dejando de mantener erguidos los opulentos senos.

Los ojos de Dearden adquirieron un lascivo brillo.

Un destello que no pasó desapercibido para Stella. Se incorporó, acariciándose la mejilla y cerrando de nuevo la bata.

—¿Eres..., eres tú, Natalie?

—Ahá.

—No..., no comprendo... Estabas muerta...

—Fui enterrada en vida, Stella. Y tú lo sabes. Tú lo planeaste. Tú, el doctor Browning, Jennifer, Frederic... ¡Todos!

—No sé de qué me hablas, Natalie... ¡Lo juro!

—Deduzco que una droga hizo aparentar mi muerte; pero vosotros sabíais que tarde o temprano despertaría. ¡Dentro de un ataúd!

—Fue..., fue Jennifer... Sí...; fueron Jennifer y Frederic... Temían que tu boda les apartara de la herencia. ¡Fueron ellos!

Natalie sonrió.

—¿Conoces el terror, Stella? ¿El terror en su grado límite? Tu cuerpo, tus sentidos, todo tu ser es dominado por la más alucinante de las sensaciones. El cerebro quiere estallar, incapaz de soportar la angustia. Tu cuerpo, bañado en frío sudor, es sacudido por violentos espasmos... Terror...; una sensación difícil de definir. Hay que... vivirla.

—¿Qué quieres de mí, Natalie? Tengo dinero, joyas... Yo no soy la culpable de nada, pero te daré todo cuanto me pidas.

—Eres muy generosa.

—Lo tengo todo en mi habitación...

Stella, con una mueca de esperanza en el rostro, abandonó el salón, seguida de la inquietante pareja.

Quitó el espejo del boudoir, descubriendo una caja fuerte empotrada en la pared. Manipuló en el cierre hasta formar la combinación adecuada.

Marty Dearden se adelantó, empujando a la mujer.

Natalie sonrió de nuevo.

—Disculpa a Marty. Es un poco brusco. Apuesto que sospecha que puedes guardar una pistola.

—No...

Dearden vació la caja fuerte.

No había ningún arma.

Natalie apartó una carpeta con documentos centrándose en el joyero. Repleto. Un aderezo de esmeraldas, brazaletes de rubíes, anillos con brillantes, broches...

—¿Sólo esto en efectivo, Stella? —preguntó Natalie, sopesando unos fajos de billetes.

—Son..., son diez mil dólares.

—Esperaba conseguir mucho más de mi matrimonio con Philip.

—Puedo firmarte unos cheques de mi...

—Olvídalo. ¿Eso del cabezal es un radiocasete?

Stella parpadeó.

Sorprendida por la pregunta.

—Sí...

—Conéctalo.

La mujer obedeció.

La cinta, un cartucho de Rod Stewart, empezó a girar.

—Más fuerte, Stella —indicó Natalie—. Al máximo volumen. Mi amigo Marty es un poco duro de oído. ¿Por qué no bailas con él? Te resultará simpático.

Stella forzó una sonrisa.

—No..., no creo que sea el momento adecuado...

—Lo lamento, Stella; pero se lo prometí. Prometí a Marty que disfrutaría de las más bellas y distinguidas mujeres. Y tú eres de lo más selecto de Filadelfia, querida —Natalie desvió la mirada hacia el silencioso Dearden—. Adelante, Marty. Es tuya.

Stella intentó ganar la puerta.

No lo consiguió.

Marty Dearden la atrapó por una de las mangas de la bata tirando con fuerza. La vaporosa prenda se deslizó desnudando a Stella hasta la cintura.

Natalie había dado el máximo volumen al radiocasete acoplado en el cabezal del lecho.

De ahí que el grito de Stella quedara acallado.

Marty Dearden se abalanzó sobre la mujer, haciéndola caer sobre la amplia

alfombra del dormitorio.

Stella braceaba desesperada. Tendió sus manos hacia el rostro de Dearden con intención de arañarle. Lo logró. Dada su excitación no se percató de la siniestra frialdad y del extraño contacto con aquella piel. Lo que ocurrió a continuación sí hizo paralizar a Stella.

Contempló cómo el pelo de Dearden caía hacia atrás mientras que entre sus manos quedaba...

El alarido de Stella fue espeluznante.

El terror de ver entre sus manos la máscara se incrementó al descubrir las horrendas facciones de Dearden.

El pánico la hizo reaccionar de nuevo, pugnando por zafarse de su opresor.

Fue en vano.

Marty Dearden, a horcajadas sobre el cuerpo femenino, se dejó caer brutalmente sobre el vientre de Stella, mientras que con ambas rodillas inmovilizaba los brazos.

Abofeteó el rostro de la mujer.

Minando toda su resistencia.

Stella quedó inerte.

En las deformes facciones de Dearden las cicatrices estaban enrojecidas. Un extraño tono purpúreo, que se confundía con el verdoso de las pústulas.

Apartó el sujetador, que aún adornaba los senos femeninos.

Marty Dearden se deslizó para quitar el lazo de la bata. Introdujo la mano derecha bajo el elástico del slip desgarrándolo de un tirón.

Entreabrió las piernas de Stella.

La mujer ya no opuso ninguna resistencia.

Sólo cuando vio aparecer el rostro de Dearden para besarla en los labios, cerró los ojos.

Como queriendo escapar de aquella pesadilla.

Imposible.

Percibía la nauseabunda boca de Dearden adueñándose de sus labios, besándola en el cuello, en los senos... El peso de su cuerpo incrementado por brutales empujes. Su pestilente jadear...

Y la risa de Natalie, que les contemplaba desde el lecho.

La demoníaca carcajada de Natalie elevándose incluso a la estridente música del radiocasete.

* * *

Stella yacía sobre la alfombra como una muñeca rota.

Entreabrió los ojos.

Contemplando cómo Marty Dearden terminaba de ajustarse el cinturón. Vio su rostro...

Y de nuevo los ojos de Stella se cerraron.

Quedó exánime. Sin ánimo para mover un solo músculo. En espera de que

sus siniestros visitantes se marcharan. La pesadilla había terminado.

Stella estaba equivocada.

Aquello era sólo el principio.

—Átala sobre la cama, Marty. De pies y manos —ordenó Natalie—. Ahora es mi turno de diversión.

Natalie abandonó la estancia.

Retornó a los pocos minutos.

Cuando ya Marty Dearden había concluido el mandato.

Stella permanecía sobre el lecho. Los brazos en cruz. Las muñecas atadas a los travesaños de la cama. Las piernas salvajemente abiertas y sujetos los tobillos a cada esquina del lecho.

Natalie sonrió al enfrentar su mirada con la de Stella.

La sonrisa acentuó el miedo en Stella. Pugnó por soltarse. Todo su cuerpo sudaba copiosamente. Un sudor frío, originado por el terror.

—Sigue, Stella.... sigue intentándolo... Tú eres más afortunada. Puedes respirar a todo pulmón. Yo, cuando intentaba salir del ataúd, notaba la falta de aire. Una sensación muy desagradable, querida.

—Natalie..., yo no...

Stella enmudeció.

Desencajó las facciones al descubrir lo que Natalie portaba en su diestra. Era una caja de herramientas. La abrió para sacar unas tenazas. Nuevas. Relucientes...

—Al querer salir del ataúd destrocé mis uñas, Stella. Las tenía igual de largas y cuidadas que las tuyas. ¿Me permites?

—¡No! ¡No...!

El rostro de Natalie se había transfigurado en cruel mueca. Atrapó la mano derecha de Stella. Fuertemente atada por tirante cuerda. Cogió el dedo índice doblándolo hacia atrás.

Sí.

Stella tenía las uñas largas y muy bien cuidadas.

Natalie aferró la uña con las tenazas. Hizo girar la herramienta a la vez que tiraba con fuerza.

El alarido de Stella fue erizante.

Natalie rió divertida.

—Tienes un apartamento muy amplio, Stella; pero tal vez molestes a los vecinos. Métele un trozo de sábana en la boca, Marty. Y apaga el radiocasete. Quiero oír sus estertores.

Dearden desgarró la sábana.

La boca de Stella quedó brutalmente taponada por un trozo de tela. Sus gritos, ahora amordazados, resultaban aún más alucinantes. Eran roncos. Guturales. Infrahumanos...

Natalie prosiguió.

En cada dedo.

Con sadismo.

Una verdadera carnicería. Atenazando salvajemente la yema de los dedos cuando no lograba arrancar la uña de cuajo o se partía.

Stella agitaba la cabeza de un lado a otro, enloquecida de dolor.

—¿Qué te ha parecido, querida? —Inquirió Natalie, guardando las tenazas en la caja de herramientas—. Vuelvo a decirte que eres afortunada. Yo, en el interior del ataúd, sólo podía experimentar terror, angustia, desesperación... Me golpeaba la cabeza contra la tapa, me arañaba el cuerpo... Quería sentir dolor. Un dolor que me hiciera reaccionar ante el indescriptible pánico que me dominaba. Sí, Stella... Tú eres más afortunada.

Natalie estaba manipulando en un soplete portátil.

—¿Tienes un fósforo, Marty?

—¿Qué vas a hacer? —dijo Dearden, aunque obedeciendo y entregando una caja de fósforos—. ¿Por qué no terminamos de una vez? ¡Mátala si ése es tu deseo!

Natalie parpadeó.

Dirigió a Dearden una perpleja mirada.

—¿Matarla? Oh, sí...; por supuesto; pero tiene que ser una muerte muy lenta. Debe sufrir —Natalie encendió el soplete de gas. La llama brotó con fuerza—. Mira sus ojos, Marty. Están casi fuera de las órbitas. Su rostro desencajado. El cuerpo bañado en sudor... El terror se ha apoderado de ella. Puedo decirte lo que pasa por su mente, Marty. Yo lo he experimentado. Aunque...; no, es imposible de explicar, ¿verdad, querida?

Natalie aproximó el soplete.

Aplicó aquella voraz lengua de fuego sobre el seno izquierdo de Stella.

Los sonidos que brotaron de la mujer, sus espeluznantes gruñidos, que no parecían humanos, hicieron reír a Natalie.

Por la habitación empezó a extenderse un hedor a carne quemada.

—Se ha desmayado —anunció Dearden—. O tal vez esté muerta.

Natalie arrojó el soplete.

—¡Maldita! ¡No puede estar muerta! ¡Aún no!

Marty Dearden recogió el soplete eclipsando la llama.

—Marchémonos ya, Natalie.

No fue escuchado.

Natalie tomó el martillo de la caja de herramientas.

Violentamente lo descargó sobre la frente de Stella.

—¡Maldita...! ¡Maldita...! ¡Maldita...!

A cada exclamación el martillo golpeaba el rostro de Stella. Pronto quedaron hundidos el frontal, malar...

—¡Maldita...! ¡Maldita!

Dearden se abalanzó sobre la muchacha.

La sujetó, arrebatándole el ensangrentado martillo.

—¡Déjame...! ¡Suéltame, Marty!

—¡Ya basta, Natalie! —Dearden la zarandeó—. ¿Qué diablos pretendes? ¡Mírala! ¿Qué estabas golpeando?

Natalie quedó jadeante.
Fijos sus ojos en Stella.
Lo que quedaba de ella.
El macerado rostro de Stella era una viscosa pasta sanguinolenta.
Natalie sonrió.
—Tienes razón, Marty... Nos podemos ir. Ya he terminado con Stella.

CAPITULO X

Tod Sprating, teniente del Departamento de Homicidios, se hizo a un lado para permitir que los dos camilleros retiraran el cadáver.

Giró hacia el individuo que permanecía en uno de los rincones de la estancia.

—Puedo ser tu padre, Harry. De ahí que me permita darte un buen consejo. Si escribes en el Philadelphia W. Press una sola línea de lo que has visto aquí, despídete de tu profesión de periodista.

—Mi deber es...

—¡Al cuerno con tu deber! ¡Yo tengo el mío, Harry! Limítate a la nota oficial que he comunicado a tus compañeros de Prensa. ¡Nada más! Te he permitido entrar a título personal.

El joven periodista asintió.

Sus correctas facciones aún mantenían una leve palidez. Difícilmente olvidaría lo visto en aquella habitación.

—¿Crees que guarda alguna relación con el asesinato de Charles Levinson?

—Tu especialidad es la crónica negra, Harry. He leído tu reportaje sobre el asesinato de Levinson. Un buen artículo. ¿Un mismo asesino? —el teniente Sprating se pellizcó el lóbulo izquierdo—. Entra en lo posible. Aquí ha vaciado la caja fuerte. A Levinson los bolsillos. Y con ambas víctimas se ensañó de forma espeluznante.

—¿Qué hay del arma homicida?

Tod Sprating hizo una mueca.

—¿Arma homicida? El forense casi vomita. Supone que la muerte de Stella Behrens fue ocasionada por los golpes en la frente. Las quemaduras en el pecho y demás torturas no son suficientes para originar la muerte. Por supuesto puede variar su hipótesis después de efectuada la autopsia. Aquí no hemos encontrado nada. Fueron golpes propinados con algo contundente. Un objeto pesado. Dadas las huellas marcadas en el rostro nos inclinamos por un martillo.

—En el caso de Levinson se encontró el cuchillo.

—Sin huellas dactilares. ¡Maldita sea...! ¿Qué significa esto? ¿Acaso nos enfrentamos a un monstruo? En mis treinta años de policía jamás he visto un crimen más...

Gritos y exclamaciones airadas interrumpieron a Sprating.

Salió al corredor.

Dos agentes uniformados trataban de retener a un individuo.

—¿Quién diablos...?

—Es el doctor Eddie Browning —informó Harry Wexler, encendiendo un cigarrillo—. El médico de los Behrens y del servicio sanitario de la Behrens Chemical.

El teniente se adelantó hacia el living.

—Soltadle.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Stella? —Exclamó Browning—. ¡No puede estar muerta!

—Soy el teniente Sprating, de Homicidios. ¿Qué ocurre con Philip Behrens? Se le mandó aviso y...

—Philip está en Nueva York. Salió ayer... Su hija ya le ha avisado. Fue Jennifer quien me telefoneó para decirme que... ¿Dónde está Stella? ¡Quiero verla!

—Ya hemos recibido orden de levantar el cadáver, Browning. Está abajo, en la ambulancia. Si quiere acompañarnos hasta la Morgue...

El doctor Browning giró, abandonando precipitadamente el apartamento.

El teniente desvió la mirada hacia Wexler.

—¿Qué le ocurre? Apuesto que Philip Behrens no sentirá tanto la muerte de su hermana.

—Stella se hacía querer.

—Tu sarcasmo es cruel, Harry. Sé que mantenías ciertas... relaciones con Stella Behrens. Nos lo comentó el FBI.

—¿El FBI?

—Hace unos pocos meses. El caso Ritterband, ¿recuerdas? El espía alemán que estableció contacto contigo. El FBI te sometió a vigilancia.

—Lo ignoraba. Yo protegí a Ritterband. Seguro de su inocencia.

—El Federal Bureau of Investigation presentó disculpas.

—A Ritterband, pero no a mí. Violaron mi intimidad y...

—Adiós, Harry. Tengo mucho trabajo. No olvides mi consejo.

El teniente comenzó a repartir órdenes a los hombres que aún deambulaban por el apartamento. Los de dactiloscopia buscaron huellas por todos los rincones.

Harry Wexler abandonó el apartamento.

Al abrirse la cabina del elevador llegó el teniente Sprating.

Descendieron juntos.

Agentes uniformados de la Metropolitan Police acordonaban el tráfico en uno de los tramos de Barres Street. Los curiosos y desocupados se apiñaban en aquellas primeras horas del día.

Tod Sprating llegó junto a la ambulancia.

—¿Dónde está el doctor Browning?

—Quiso echar un vistazo al cadáver —respondió uno de los policías—. Dijo tener autorización suya, teniente. Se lo permití. El pobre hombre casi se desmaya.

—¿Dónde está ahora?

—Se largó.

—Localizadle. Quiero hacerle algunas preguntas.

Harry Wexler se abrió paso entre los curiosos aproximándose a un Mustang II estacionado al otro lado de la calzada.

Frente al volante una muchacha. De unos veinticuatro años de edad. Cabello negro azabache, ojos almendrados, nariz respingona y labios carnosos. Un vestido camisero ocultaba un cuerpo bien formado y pródigo en curvas.

Wexler tomó asiento en el vehículo.

—¿Has visto al doctor Browning?

La joven movió afirmativamente la cabeza.

—Llegó hace unos minutos en un taxi. Ahora le he visto caminar hacia el Barres Park.

—En marcha, Jessica.

—Tengo noticias de Judith.

—¿La hija de Levinson?

—Ahá. Volví a interrogarla. Siguiendo tus instrucciones la convencí para que me acompañara al bungalow de Boyle Hill. No alteró su declaración a la policía. Nos disponíamos a marchar cuando se percató de la falta de su tarjeta de crédito del Interbank.

—¿Está segura? Puede haberla perdido o tenerla en la casa de Filadelfia.

—La guardaba en el bungalow de Boyle Hill. Quedó allí en el último week-end.

—Magnífico. Avisa a Ralph.

—Ya lo he hecho.

Harry Wexler fijó sus ojos en la muchacha.

—Eres maravillosa, Jessica. Diré al director que te cambie de sección. Estás perdiendo el tiempo en tu columna de ecos de sociedad.

—No me gusta tu especialidad de crónica negra, Harry. Máxime después de lo ocurrido a Stella Behrens. Como favor me has pedido que te ayudara y...

Jessica había detenido el auto en un obligado stop.

Y Wexler lo aprovechó.

Tomó a la muchacha por los hombros y la atrajo hacia así. La besó en la boca. Apoderándose de los gordezuelos labios femeninos.

El claxon de un auto les hizo separarse.

Jessica reanudó la marcha.

Roja como la grana.

—Eres muy impulsivo, Harry.

—Me gustas, Jessica. Temo que un día de estos terminaré por pedirte que te cases conmigo.

—Un día de borrachera, ¿no?

—Por supuesto.

Rieron al unísono.

El auto dobló por Lee Street. Bordeando el Barres Park.

—¡Ahí está! —Exclamó Wexler—. Me quedo aquí, Jessica. Quiero hablar con Browning. ¿Almorzamos juntos?

—Pero...

—Espérame en Stefanis.

Harry Wexler descendió del vehículo apenas la joven hubo aminorado la marcha.

Cruzó la calzada hacia el Barres Park. Un bello jardín. Uno más de los que hacían de Filadelfia una ciudad maravillosa.

Eddie Browning caminaba como un sonámbulo. Arrastrando los pies. La cabeza inclinada.

—Hola, doctor.

Browning alzó la mirada.

Fijó sus enrojecidos ojos en Wexler.

—Déjeme en paz. No pienso hacer ninguna declaración.

—Tampoco era mi intención solicitarla. Comparto su dolor por la muerte de Stella.

Eddie Browning hizo una mueca.

—No..., no puede compartirlo. Stella nada significaba para usted. Era una aventura más. Un vulgar encuentro sexual carente de amor. Yo la amaba, Wexler. ¿Le sorprende?

—No.

—Y ella me correspondía.

—Ahí sí tengo mis dudas, doctor.

En el atribulado rostro de Browning se esbozó una amarga sonrisa.

—Puede que ella misma lo ignorara, pero Stella me amaba. Buscaba el placer en jóvenes atractivos como usted, Wexler. Les utilizaba. Tarde o temprano se cansaba de ellos y los borraba de su mente. Yo permanecía. Estábamos muy unidos. Sólo confiaba en mí. Era a mí a quien acudía cuando se presentaba algún problema grave. Y juntos lo solucionábamos.

—También yo ayudé a Stella en más de una ocasión.

—¿De veras? ¿Qué tipo de ayuda, Wexler? Ah, sí...; la imagino. Algunas localidades para el Shobert, Forrest o cualquier otro teatro. ¿O tal vez un amplio reportaje de Stella Behrens en los ecos de sociedad del Philadelphia W. Press? Esas eran sus ayudas, ¿me equivoco? Stella podía pedirme cualquier cosa. Cualquier cosa, Wexler. Por ella era capaz de todo.

—¿Incluso de matar??

Las arrugas se acentuaron en el rostro de Browning.

Enfrentó su mirada a la de Wexler.

—¿Por qué pregunta eso?

Harry Wexler dudó.

Había formulado aquella pregunta instintivamente. Una pregunta más. Como si fuera una entrevista para el Philadelphia W. Press.

—Tiene razón, Browning. No debí hacer esa pregunta, dado que ya conozco la respuesta.

—¿Acaso Stella le dijo...?

La interrogación de Browning hizo reaccionar astutamente al periodista.

—Por supuesto, doctor. Stella no tenía secretos para mí.

—¿Por qué no acudió a la policía?

Wexler forzó una sonrisa.

Estaba pisando un terreno resbaladizo. Dando palos de ciego. Una respuesta en falso y Browning daría marcha atrás.

—No quería comprometer a Stella, pero ahora que ella ha muerto...

—Es un iluso intentando hacerme chantaje, Wexler. Stella ha muerto y ya nada me importa.

—Oiga, Browning...

—¡Déjeme en paz!

Eddie Browning se alejó precipitadamente del periodista.

Harry Wexler le siguió con la mirada.

Pensativo.

Sí.

Le dejaría marchar, pero pronto volvería a la carga

El doctor Browning ocultaba algo.

Algo denunciable a la policía. ¿El qué? ¿Guardaba relación con el brutal asesinato de Stella?

Harry Wexler trataría de encontrar respuestas a tan inquietantes preguntas.

CAPITULO XI

Barry Agency.

Conductas sospechosas, robos, desfalcos, desapariciones, infidelidad conyugal... Lo propio en una agencia de detectives; pero la Barry era algo más. Algo que no figuraba en la guía telefónica.

—¡Sí, maldita sea! ¡Pagad todas las apuestas! Ya hablaré personalmente con Harrison.

Ralph Barry colgó el auricular con fuerza.

Resopló furioso.

Harry Wexler, sentado frente a la mesa escritorio, sonrió al contemplar al individuo.

El aspecto físico de Ralph Barry era insignificante. Corta estatura. Rostro famélico. Ojos saltones...

Un individuo que controlaba todo el juego ilegal de apuestas en el estado de Pennsylvania.

—Cuídate la úlcera, Ralph.

—Todo son problemas, muchacho. ¡Todo!

—Habló Jessica contigo, ¿verdad?

—Sí, Harry, y hemos tenido suerte —Barry abrió una carpeta situada sobre la mesa— La tarjeta de crédito de Judith Levinson fue utilizada pocas horas después de la muerte de Levinson. En Jones City. En la compra de un Chevrolet Camaro de segunda mano. Aquí tengo el número de la matrícula. Fue adquirido por una mujer. Joven. De unos veinte a veinticuatro años de edad. Morena. Ojos oscuros. También utilizó la tarjeta para comprar ropa femenina y masculina en unos grandes almacenes.

—¿La misma mujer?

—Sí. Hay un dato más. La joven lucía en el rostro unos arañazos, que el maquillaje no ocultaba por completo. Investigué en los salones de belleza. En uno de ellos una muchacha fue sometida a una sesión especial para tratarla de arañazos en mejillas, pechos y muslo.

—¿Arañazos?

—Sin duda se peleó con su gato —Ralph Barry empujó la carpeta—. Son quinientos dólares, Harry. Tarifa de amigo.

—Quiero que sigan tus muchachos en el caso.

—¿Seguir? No seas ridículo, Harry No volverá a utilizar la tarjeta. La aprovechó mientras no se descubría el cadáver de Levinson. No será tan estúpida de seguir efectuando compras con la Unionbank.

—Quiero localizar el Chevrolet Camaro. Mueve todos los medios a tu alcance.

—Te aplicaré la tarifa especial, Harry.

—No me importa. Quiero encontrar ese auto cuanto antes.

Los saltones ojos de Barry adquirieron un extraño brillo.

—¿Relacionas el crimen de Levinson con el asesinato de Stella Behrens?

—Sí.

—Okay, Harry. Utilizaré todos los recursos. Tampoco interesa a mi negocio que un asesino de esas características ande suelto por Filadelfia. La policía está muy nerviosa y lo pagan mis muchachos. No me sorprende. Lo que han hecho con Stella es monstruoso. Esas quemaduras en el pecho, su rostro convertido en pulpa...

—¿Cómo diablos sabes...?

Ralph Barry sonrió con suficiencia.

—Conoces mis métodos, muchacho. Tengo contactos con la policía y en el hampa. De ahí que esté al corriente de ciertos datos que...; ¡un momento! ¿Cómo lo sabes tú? El teniente Sprating no permitió fotografiar el cadáver ni facilitó información alguna.

—Yo fui la excepción, aunque no puedo publicarlo.

—¿Sabes también que Stella fue violada?

Wexler endureció las facciones.

—Lo ignoraba.

—Pues sí, muchacho. Violada, torturada y muerta. Definitivamente no me interesa que semejante asesino deambule por la ciudad. Dedicaré el máximo de recursos a localizar el Camaro. ¿Dónde puedo llamarte?

—Ahora voy a almorzar al Stefanis. Luego me encontrarás en mi apartamento o en la redacción del Philadelphia W. Press.

—¿Sigo descartando el apartamento de Jessica? Estás perdiendo facultades, Harry. Se te resiste, ¿eh?

Wexler sonrió, incorporándose del sillón.

Se encaminó hacia la puerta.

—Esperaré tu llamada, Ralph.

—Olvidas los quinientos dólares, muchacho.

—Tranquilo. Los uniré a la tarifa especial.

Barry rió como una hiena.

—Yo estoy tranquilo, Harry. Eres tú quien debe preocuparse si te demoras en el pago. Ya conoces el método que empleamos con los morosos.

Sí.

La Barry Agency era algo muy especial.

* * *

—¿Por qué no subes, Jessica? Tengo un café instantáneo delicioso.

—Sospechaba tu invitación. Debo aceptar para corresponder a tu almuerzo, ¿no?

—Ha sido un placer el...

—Adiós, Harry.

Wexler no hizo ademán de salir del Mustang.

—No pienses mal, Jessica. Sólo quiero alargar un poco más nuestra

conversación. Tú has hecho muchos reportajes sobre los Behrens. Las fiestas de sociedad de Philip, la boda de Jennifer... Yo apenas les conozco.

—A la infortunada Stella sí la conocías bien.

—Hablo en serio, Jessica. Acudí únicamente al aniversario de la Behrens Company para aprovechar una de las invitaciones que enviaron al Philadelphia W. Press.

—Lo recuerdo. Mientras yo tomaba apuntes del acto tú te dedicaste a bailar.

—Aquello me era ajeno, Jessica. Tú puedes proporcionarme muchos datos. Estoy investigando un caso espeluznante. ¿No lo comprendes? Necesito tu colaboración.

—¿Es cierto eso?

Wexler procuró eclipsar el delator brillo de sus ojos.

—Por supuesto, Jessica.

—Okay. Sólo unos minutos, ¿eh? Aún no he hecho mi artículo de mañana.

Descendieron del auto.

Penetraron en el 1.771 de Marks Street.

El elevador les depositó en la cuarenta planta.

—Es la primera vez que acepto entrar en tu apartamento —sonrió Jessica, mientras que Wexler introducía la llave en la cerradura—. Espero no arrepentirme de ello.

—Somos compañeros, Jessica. Nos conocemos desde hace más de un año.

—Precisamente por eso.

Del living se pasaba directamente al salón. Mobiliario standard. Sin duda análogo en todos los apartamentos del edificio.

—Siéntate, Jessica. ¿Algo de beber?

—¿Qué hay del café instantáneo?

—Lo aborrezco —rió Wexler—. Prepararé un estimulante combinado, ¿de acuerdo?

Harry Wexler manipuló en el mueble bar.

En una coctelera mezcló vermut seco, ginebra y Cherry Brandy. Sirvió el contenido en dos vasos.

Se acomodó en el sofá junto a la muchacha.

—Por nosotros, Jessica. Que tu primera visita no sea la última.

—No me gusta tu apartamento, Harry. Lo encuentro frío. Impersonal.

—La estancia más alegre es el dormitorio.

—Ya.

—¿Quieres echar un vistazo?

—En mi segunda visita —Jessica bebió un largo trago—. Oye..., esto está muy bueno

Wexler dejó su vaso sobre la cercana mesa.

Cogió también el de la joven.

—Te han quedado los labios mojados, Jessica. ¿Me permites...?

Wexler atrajo a la muchacha hacia sí, besándola en la boca.

Luego se separó.

Muy levemente.

Sólo para reflejarse en los ojos femeninos.

Y lo que descubrió en ellos le hizo besarla de nuevo. Jessica recibió ahora el beso con los labios entreabiertos. Permitió que Wexler los mordisqueara. Sus lenguas entraron en contacto.

Harry Wexler la reclinó en el sofá.

Sin interrumpir el beso.

Introdujo la diestra bajo la falda del vestido. Acarició los largos y esbeltos muslos en una audaz caricia, que culminó al rozar una fina tela de encaje.

Jessica se removió inquieta.

—Harry...

—¿Sí?

—Lo he pensado mejor...; ¿por qué no me enseñas el dormitorio?

Harry Wexler se incorporó tomando en brazos a la joven. Esta le echó los brazos al cuello. Unieron sus labios.

Abandonaron el salón.

Wexler abrió la puerta de la habitación de un puntapié.

Depositó a Jessica sobre el lecho.

La muchacha procedió a desabotonar el cierre lateral del vestido. Lo arrojó al suelo.

Su cuerpo quedó con dos únicas piezas. Pequeñas en tul de nilón transparente.

Jessica se llevó las manos a la espalda, porfiando con el cierre del sujetador. Aunque sueltos los tirantes, la prenda quedó acoplada a los erectos senos. Fue a reunirse con el vestido.

Harry Wexler la contemplaba en silencio.

El rostro de Jessica, rojo como la amapola, se contradecía con el audaz strip-tease.

Jessica lo culminó introduciendo los pulgares bajo el diminuto slip. Acostada en el lecho, alzó levemente las caderas para deslizar la prenda por los muslos.

—Jessica...

—No digas nada, Harry...; no hables... Te lo ruego... Una sola palabra podría hacerme reaccionar, recapacitar, arrepentirme... No hables... Sólo ven a mí... Ven...

Wexler se despojó de la chaqueta.

Devorando con la mirada el seductor cuerpo que le esperaba con los brazos abiertos.

Al llevarse las manos al cinturón sonó el teléfono.

Harry Wexler profirió una soez maldición.

Atrapó el micro depositado sobre la mesita de noche.

—¡Wexler al habla!

Le llegó una risita.

La reconoció.

Ralph Barry y su risa de hiena.

—Hola, muchacho. Un golpe de suerte ha hecho localizar el Camaro a uno de mis hombres. Alguien dio referencias de haberlo visto por Lang Road. Después de batir la zona lo encontramos en el Lang Cemetery.

—¿Dónde?

—Has oído perfectamente. Al final de la comarcal que conduce al Lang Cemetery. Desviado de la cuneta y semioculto entre los árboles. Si necesitas algo más llama antes de que confeccione la factura.

Barry cortó la comunicación.

También Wexler colgó el micro.

—Jessica...

—¿Sí, Harry? —runruneó la joven.

—Tengo que irme.

—¿Qué...?

—Lo lamento, Jessica; pero es muy importante. Me llevaré tu auto. El mío aún está averiado y... No te enfades, Jessica. Espérame aquí. Puedes escribir tu artículo mientras... ¡Jessica!

Wexler esquivó el cenicero lanzado por la muchacha.

Recogiendo los zapatos y la chaqueta salió precipitadamente de la habitación. Tras él la tunosa voz de Jessica le dedicaba un florido repertorio de epítetos.

* * *

Sí.

Allí estaba el Chevrolet Camaro.

A unas veinte yardas de la cuneta. Entre los árboles. A muy poca distancia del Lang

Cemetery.

Harry Wexler, protegida su mano con un pañuelo, abrió la portezuela del auto. Registró el salpicadero sin encontrar nada de interés.

Retornó al Mustang para coger la cámara fotográfica que Jessica siempre llevaba en el auto.

Pensaba tomar algunas fotografías antes de dar aviso al teniente Sprating. Las fotografías siempre valoraban más un reportaje.

El sol ya se había ocultado, pero la claridad era suficiente.

Se aproximó al Camaro.

Cuando se disponía a accionar el disparador percibió el ruido a su espalda.

Muy tenue.

El crujir de unos arbustos al ser pisados.

Harry Wexler giró con rapidez..

Su alarde de reflejos se quebró al descubrir al atacante.

No supo reaccionar.

Contemplar aquel monstruoso rostro le paralizó.

Y Marty Dearden se aprovechó de ello.

La gruesa rama de árbol se abatió con fuerza sobre la cabeza del estupefacto Harry Wexler.

* * *

—¡Maldita sea, Tod! ¿Cómo diablos puede describirse a un monstruo? ¡Eso era! ¡Un monstruo! Un rostro mutilado, deforme, costroso, con llagas, cicatrices...

—Sin duda era una máscara.

Wexler movió la cabeza.

Instintivamente hizo una mueca, llevándose la diestra a la frente. De la herida había dejado de manar sangre, aunque el hinchazón era considerable.

—No, Tod. No era una máscara. Cierto que todo ocurrió en fracciones de segundo; pero contemplé su rostro perfectamente antes de ser golpeado. No era una máscara. Estoy seguro.

—Magnífico —dijo el teniente Sprating, con sarcasmo—. Resultará fácil. Un tipo de esas características no pasará desapercibido por Penn Center cuando salga a pasear. Me hubiera gustado conocerle. Lástima que haya desaparecido llevándose el Camaro.

—Oye, Tod... Me duele terriblemente la cabeza para soportar tus ironías. Desperté y me arrastré hasta el auto buscando la primera cabina telefónica para llamarte. Te he acompañado hasta aquí y...

—¿Crees haber cumplido con tu deber de ciudadano? —interrumpió el teniente de Homicidios, secamente—. ¡Tenías que haberme comunicado de inmediato lo de la tarjeta del Unionbank y la localización del auto!

—Soy un periodista, Tod.

—Eres un bastardo. ¿Qué más me ocultas?

—Nada, Tod. Te he descrito a la muchacha que utilizó la tarjeta de Judith Levinson.

No sé más.

Sprating resopló.

—Sí. Y el fulano que te atacó era pariente de Frankenstein. La Bella y la Bestia, ¿no es cierto?

Un individuo salió del coche patrulla.

—¡Teniente...!

Tod Sprating acudió.

Retornó a los pocos minutos junto a Wexler. La expresión de su rostro alertó al periodista.

—¿Ocurre algo, Tod?

—Una llamada por radio. Se trata de Eddie Browning.

—¿Muerto?

—Algo más que eso —murmuró Sprating, palideciendo—. Le han

descuartizado. En su propio apartamento. Su cuerpo aparece troceado por todos los rincones...

CAPITULO XII

Natalie sonrió, depositando el ejemplar del Philadelphia W. Press sobre la mesa.

—¿Recuerdas mi enfado de ayer, Marty? No me gustó tu forma de actuar. Te ordené que te desembarazaras del Camaro llevándolo lejos de Lang Cemetery. Me comentaste tu encuentro con un individuo al que golpeaste para luego marchar con el auto. Me enfadé, cierto. Tenías que haberle matado, pero ahora he cambiado de opinión.

Natalie tecleó sobre el periódico.

Volvió a sonreír.

—¿Sabes quién era? Harry Wexler. El periodista del Philadelphia W. Press. Le conocí en el aniversario de la Behrens Chemical, aunque no cruzamos palabra alguna. Yo estaba como criada de los caprichos de Stella y Jennifer. Sí, Marty. Mejor no haber matado a Wexler. Es un buen periodista. Ha escrito un buen artículo sobre el asesinato de Levinson y el de Stella. El de Browning le cogió fuera de edición.

—Lo he leído —comentó Dearden, con voz seca—. Y no me gusta el titular.

—«La Bella y la Bestia». Es original. Wexler juega a dar palos de ciego. Habla de la muchacha de pelo negro que utilizó la tarjeta de Judith Levinson y del hombre monstruo que le atacó junto al Lang Cemetery. Es inteligente.

—Tal vez dé con nosotros.

—La policía ya hizo un registro por el cementerio. Los vi desde nuestro observatorio. Una inspección superficial. Lógicamente no se les ocurrió profanar la entrada a las criptas.

—¿Por qué no nos vamos de aquí, Natalie? A Sudamérica. Tenemos ya mucho dinero. Al doctor Browning le sacamos más de los quince mil dólares.

El rostro de la muchacha reflejó una cruel mueca.

—Eddie Browning... Parecía muy resignado a morir. ¡Quería reunirse con su amada Stella! Nos daba las gracias por sentenciarle a muerte, ¿recuerdas? ¡Cómo cambió al verme con la sierra eléctrica! El muy bastardo se imaginaba una muerte rápida. Primero le seccioné la mano derecha, luego la izquierda... ¡Cómo se retorcía!

—Salgamos de aquí, Natalie.

—Aún no he terminado mi trabajo, Marty. Faltan Frederic y la encantadora Jennifer. Te gustará.

—Sólo te amo a ti, Natalie.

La joven no pareció oírle.

Continuó sonriendo.

—Esta noche... Sí, ¿por qué demorarlo? Philip ha regresado para enterrar a su hermana. En el suntuoso panteón familiar del cementerio de Hope Hill. Mañana enterrará a su hija y a su yerno.

—La policía les estará protegiendo.

—No, Marty. Yo estaba cerca de la casa. Vi llegar el auto. Descendieron Frederic Dunham y Jennifer muy enlutados. Permanecí una hora más. Ningún otro auto. Nadie se aproximó al bungalow. ¿Por qué iban a protegerles? Harry Wexler, el periodista del Philadelphia W. Press asegura que el asesino de Levinson es el mismo que mató a Stella Behrens. Y ahora a Eddie Browning. Nada hace pensar que se trate de un ataque directo y exclusivo contra los Behrens.

—No podemos ir a crimen diario, Natalie. La policía está alerta y...

—Quieres terminar cuanto antes, ¿no es cierto?

—Sí.

—Entonces actuaremos esta misma noche. Frederic y Jennifer.

—¿Y luego? ¿Quién más debe pagar?

Natalie entornó los ojos.

Endureció las facciones.

Lentamente mostró sus níveos dientes en cruel sonrisa.

—Estoy pensando en el bueno de Philip.

—¡Iba a casarse contigo!

—Cierto, pero se dejó dominar por la familia. En especial por esa víbora de Jennifer. Permitió que me humillaran. Jennifer y Stella. Fui humillada delante de todos, Marty. Una y otra vez. Jennifer, cuando su padre anunció oficialmente el compromiso matrimonial, contrató a un detective para que investigara sobre mí. Y en una de las fiestas dadas por Philip empezó a contar mi formación en las instituciones benéficas, la muerte de mi hermano perseguido por la policía, el suicidio de mi madre después de... ¡La muy ramera! Casi consiguió que Philip diera marcha atrás. De seguro lo hubiera hecho de no haber anunciado oficialmente el matrimonio. Era la palabra de un Behrens. Philip... No, no debió permitir tanta humillación. Tampoco el que me destinaran al Lang Cemetery. ¡También pagará con la vida! El cerrará mi venganza.

—¿Por qué no mañana? Está todo muy reciente y...

—Hoy, Marty. Nada nos ocurrirá. Tomaremos precauciones. Conozco bien el bungalow. No hay servidumbre durante la noche. Te gustará Jennifer. Es joven y muy atractiva.

—Yo te quiero a ti, Natalie...; a ti...

Dearden tendió sus manos hacia la muchacha, pero de inmediato retrocedió sin atreverse á tocarla.

—Más tarde, Marty —prometió Natalie—. Cuando regresemos de... visitar a los Dunham.

* * *

El 513 de Loski Boulevard. En el barrio residencial de Goldstone. Una de las zonas ajardinadas más aristocráticas de Filadelfia. Los bungalows se

situaban a izquierda y derecha de la amplia avenida. Cada uno de ellos cercado por alto seto o artística muralla.

El Pontiac circulaba con los faros apagados.

Un auto adquirido por Natalie en un *rent-a-cart*.

Los postes de la luz, pese a lo avanzado de la noche, estaban iluminados. Una prerrogativa de Loski Boulevard.

Natalie y Dearden descendieron del Pontiac.

Bordearon el seto del bungalow correspondiente al 513.

—Esperemos que no hayan decidido pernoctar en casa de Philip —susurró Natalie—. Saltaremos el seto por la parte posterior.

La muchacha lucía pantalón negro y ceñido suéter también negro.

La vestimenta de Marty Dearden era igualmente de tono oscuro. Sus horripilantes facciones estaban ocultas por la máscara.

No resultó difícil salvar el seto e introducirse en el recinto. Pasaron ante la mesa jardín, situada junto a la piscina.

Natalie iba en primer lugar.

Guiando a Dearden.

—La entrada principal y los ventanales tienen dispositivo de alarma —comentó la muchacha—. La entrada de servicio también, pero se puede desconectar desde el exterior. Saca tu navaja. Hay que cortar unos cables que...

Súbitamente se iluminó uno de los ventanales. El más amplio. Correspondiente al salón Aunque los cortinajes ocultaban la visión, Natalie y Dearden se ocultaron precipitadamente.

Segundos más tarde se iluminaba también la luz del porche.

Se abrió la puerta de entrada al bungalow.

—Es Frederic —susurró Natalie.

Ocultos tras el balancín del jardín vieron al individuo que bostezaba bajo el porche para acto seguido encaminarse al contiguo garaje.

—Ahora es el momento —dijo Natalie, al verle introducirse en el garaje—. ¡Entremos en la casa!

—Pero puede...

—¡Sígueme!

Marty Dearden corrió tras la muchacha.

Saltaron los escalones del porche y penetraron en la casa.

Natalie acudió directamente al iluminado salón.

No estaba allí Jennifer.

Se escuchó el cerrar de una puerta.

Natalie y Dearden intercambiaron una significativa mirada, situándose a ambos lados de la puerta.

Frederic Dunham llegó portando un bolso en sus manos. Lo soltó al verse atacado por la espalda y sentir una punzante hoja metálica sobre su cuello.

—Un solo grito y te degüello.

Natalie se dejó ver.

Sonriente.
—Tranquilo, Marty. Frederic es un chico muy obediente, ¿verdad?
Frederic Dunham lucía un ridículo pijama de seda a rayas. El miedo y la sorpresa le impidieron articular palabra alguna.
Natalie se aproximó.
Volvió a sonreír cuando Dunham desorbitó los ojos desencajando su rostro en una mueca de terror.
—Me has reconocido, ¿no es cierto, Frederic?
—Natalie...
—Correcto.
—No..., no es posible.
—Vengo desde el Más Allá, Frederic. A castigar tu ambición. El emparentarte con Jennifer Behrens debió ser más que suficiente para un inepto como tú. ¿Por qué no te conformaste? Intrigaste contra mí. Tú y Jennifer. Temerosos de que Philip disminuyera la herencia al casarse conmigo. Eres un...
—¡Frederic! —Exclamó lejana una voz femenina desde el fondo del corredor—. ¡Estoy esperando las pastillas! ¡Busca en el bolso, estúpido!
Natalie sonrió.
—La encantadora Jennifer... Siempre tan dulce y cariñosa.
—¿Qué... quieres de mí?
—Dinero no, por supuesto. Philip os raciona los dólares. Me llevaré las joyas de Jennifer como recuerdo.
—No eres Natalie... Natalie está muerta...
—El muerto eres tú, Frederic.
El movimiento de Natalie fue rápido.
Arrebatando la navaja a Dearden la hundió con fuerza en el vientre de Frederic Dunham. Su grito de dolor quedó ahogado al aprisionarle Dearden el cuello con el brazo derecho.
Natalie retiró la navaja.
La sangre goteó sobre la alfombra persa.
La hoja era larga. Muy afilada. Cortante por los dos filos.
Natalie sujetó el mango con ambas manos para hundir de nuevo la hoja en el vientre de Dunham. Este sufrió un segundo espasmo. Tampoco pudo gritar, aunque sí fue audible su ronco estertor.
Natalie no soltó la navaja.
Continuó sujetándola con ambas manos.
Hundida en Frederic Dunham.
Tiró hacia arriba.
Con fuerza.
Realizando un brutal tajo.
—Ya está muerto —anunció Dearden, sintiendo el inanimado peso del cuerpo.
—Déjale caer con suavidad.

Frederic Dunham quedó tendido sobre la alfombra. La navaja hundida en el vientre. Sangrando en abundancia.

—¡Frederic! —Gritó de nuevo la voz de Jennifer—. ¿Vienes de una vez o no? ¡Terminaré por levantarme!

Natalie sonrió.

—Alcánzame aquella bandeja de plata, Marty.

Dearden acudió al mueble.

Al girar hacia Natalie quedó paralizado.

La muchacha había introducido su mano derecha en la herida. En aquel salvaje corte realizado en el vientre.

Estaba sacando los intestinos de Frederic Dunham.

* * *

Jennifer saltó furiosa del lecho.

El óvalo de su rostro acentuado al llevar el pelo recogido tras la nuca. Los pómulos salientes. Labios gordezuelos. Resultaba atractiva y sensual. Al igual que su cuerpo.

Lucía una vaporosa négligé transparente. Era su única prenda. Los senos erguidos y pujantes marcaban el rosado pezón sobre la fina tela. La leve curva de su vientre se mostraba al trasluz junto con la íntima sombra de su sexo. La négligé apenas le llegaba a mitad del muslo.

—El muy estúpido... Le voy a...

Jennifer no llegó a salir de la habitación.

Natalie surgió bajo el umbral, cerrándole el paso.

—Buenas noches, querida.

El bello rostro de Jennifer adquirió la palidez de la azucena. Comenzó a balbucear.

—No...; no es posible...

—Sí, Jennifer. Soy yo. Natalie.

—¡Frederic...! ¡Frederic...!

Natalie se hizo a un lado para permitir el paso de Marty Dearden.

Portaba una bandeja de plata.

Y sobre ella...

—Aquí tienes parte de Frederic —rió Natalie—. El resto está en el salón.

Jennifer contempló aquello con desorbitados ojos.

Y sus ojos se pusieron en blanco instantes antes de caer desvanecida.

—No ha podido resistirlo.

—Espera a que vea tu rostro, Marty —rió Natalie, desaforada—. Ayúdame...

Depositaron a la desmayada Jennifer sobre el lecho.

Natalie le quitó la négligé.

—¿Qué te parece, Marty? Su piel es suave y perfumada... Un cuerpo perfecto. Acuéstate a su lado y quítate la máscara.

—No, Natalie.

La joven arqueó las cejas.

Sonrió.

—¿Prefieres esperar a que despierte? Buscaré algo que la haga reaccionar y...

—Quiero hacerlo contigo, Natalie. Sólo contigo. Te amo.

—¡No seas ridículo! Fíjate en su cuerpo. Es tan joven como yo y más bella. ¡No puedes rechazarla!

—Tú eres la más bella.

Natalie abofeteó el rostro de Jennifer

Al comprobar que no respondía le aplicó un frasco de perfume, que cogió del boudoir.

Tampoco Jennifer reaccionó.

—¡Despierta, maldita!

—Termina con ella, Natalie. Tal vez tarde horas en recuperar el conocimiento. El shock ha sido brutal.

—Nos la llevaremos.

—¿Llevarla? ¿Dónde?

Una satánica mueca se reflejó en Natalie.

—Al Lang Cemetery. Ocupará mi tumba.

—¿Quieres decir...?

—Sí, Marty. La enterraremos viva.

CAPITULO XIII

Charles Levinson, Stella Behrens, Eddie Browning, Frederic Dunham... y la desaparición de Jennifer Dunham.

En sólo cuatro días.

Días que pasarían a los anales de la historia del crimen. Difícilmente serían superados aquellos monstruosos asesinatos.

—¿Se puede saber dónde vamos, Harry?

Harry Wexler había girado el volante del Mustango introduciéndose por la comarcal. Bajó la pantalla, molesto por el sol del atardecer.

—Al Lang Cemetery.

—¿Al Lang Cemetery? —Casi gritó Jessica—. ¿Ahora? ¡Pronto oscurecerá!

—¿Tienes miedo a los muertos?

—¡No debí hacerte caso! Máxime después de... de tu última jugada.

—Sabes que fui el primero en lamentarlo, Jessica Te agradezco que hayas aceptado. Yo soy muy mal fotógrafo.

Jessica suspiró resignada. Sus senos presionaron al máximo la tela del vestido.

—¿Qué hay en Lang Cemetery digno de ser fotografiado?

—La tumba de Natalie Burns.

Jessica parpadeó.

Dirigió a su compañero una perpleja mirada.

—No comprendo...

—Tampoco yo, pero todas estas horribles muertes se iniciaron al día siguiente del entierro de Natalie Burns. Primero fue Charles Levinson. Luego Stella, Browning, Dunham y la extraña desaparición de Jennifer. Esta es la quinta noche. Los asesinos siempre actúan en la noche. Como vampiros.

—¿Asesinos?

—Ahá. Son dos. Un hombre y una mujer.

—El hombre monstruo y la muchacha del Camaro.

—Correcto.

—La policía no comparte tu hipótesis.

—El teniente Sprating, al igual que yo, no sabe a qué carta quedarse.

Harry Wexler detuvo el auto.

A unas cien yardas de la entrada al Lang Cemetery.

Descendió del vehículo, siendo imitado por Jessica.

—Echa un vistazo, Jessica. Allí. Hay huellas de neumáticos y arbustos aplastados.

—No veo las huellas.

—Han tratado de borrarlas, pero no lo han conseguido del todo. Alguien llega hasta aquí en auto, realiza la maniobra de giro y cambia de dirección.

—Aquí es donde encontraste el Camaro.

Wexler asintió.
Encendió un cigarrillo.
Pensativo.
—Al ser descubierto el Camaro no se arriesgaron a dejar ningún otro vehículo. Llegan y vuelven a marchar. ¿Por qué?
—Tal vez uno de los ocupantes del vehículo viva en el cementerio —rió Jessica, nerviosamente.
Wexler agrandó los ojos.
—¡Infiernos...! Es una magnífica idea, Jessica.
—Estaba bromeando, Harry. No pensarás que...
Wexler introdujo la mano derecha por la ventanilla del Mustang. Abrió uno de los compartimientos para apoderarse de un revólver del treinta y ocho.
—Toma la cámara y sígueme, Jessica.
Harry Wexler se encaminó hacia la entrada del cementerio.
La reja de entrada, vieja y herrumbrada, chirrió al ser empujada.
—¿Sabes dónde está la tumba de Natalie?
Jessica movió repetidamente la cabeza.
—Realicé el reportaje del funeral, pero mi cámara enfocó a los Behrens. No se me ocurrió fotografiar la tumba. No soy tan macabra.
—Guíame, Jessica.
La muchacha sorteó las resquebrajadas lápidas hasta llegar ante una losa que destacaba de entre las demás.
Allí, sobre la piedra, estaba inscrito el nombre de Natalie Burns.
—Okay, Jessica. Dispara desde todos los ángulos que consideres más favorecedores.
—No..., no se debe bromear con esto, Harry. ¿Por qué quieres fotografiar la tumba de Natalie?
—Dará fuerza a mi reportaje de mañana. Prometo mencionar tu colaboración cuando me concedan el Pulitzer.
—¡No me dejes...!
—Tranquila, Jessica —sonrió Wexler—. Estoy por aquí echando un vistazo.
Deambuló por los nichos de la pared oeste y los panteones lindantes.
La voz de Jessica resonó en el silencioso cementerio.
—¡Harry...! ¡Ya he terminado! ¡Vámonos!
Wexler acudió junto a la muchacha.
—¿Cuántas?
—No..., no lo sé. Varias. Estoy algo nerviosa. Tengo la sensación de que alguien nos está observando. Que siguen nuestros movimientos desde...
—¿Desde una tumba?
—Por favor, Harry...; vámonos ya.
Wexler se inclinó pasando la yema de los dedos por los remaches de la losa.
—Curioso...

—¿Qué ocurre, Harry?
—Nada. ¿Nos vamos? —Wexler rodeó los hombros de la joven—. Pronto oscurecerá. Es la hora del paseo de los muertos y no hay que importunarles.
Jessica no correspondió a la animosa sonrisa de Wexler.
Volvía a sentir aquella extraña sensación de ser observada por inquietantes y malignos ojos.

* * *

La oscuridad era total.
El silencio impresionaba a los mismísimos grillos. Incluso las hojas de los cipreses permanecían inmóviles.
La piedra del panteón se movió lentamente.
Un mortecino resquicio de luz quebró la oscuridad.
Marty Dearden asomó la cabeza.
Lo suficiente para que Harry Wexler apoyara el cañón del revólver en su sien izquierda.
—Buenas noches, hermano búho. ¿A dar un paseo? —Ante el sobresalto de Dearden, el periodista añadió fríamente—: Un movimiento sospechoso y te vuelo la cabeza. Vamos a echar un vistazo a tu refugio. ¡Retrocede!
Dearden bajó de espaldas los escalones que conducían a la cripta.
Harry Wexler distinguió ahora las horrendas facciones de Dearden, pero fue mayor su sorpresa al ver todo aquello.
—Esto es una verdadera suite. Algo que...
El súbito golpe en la muñeca le hizo soltar el arma.
Quiso recuperarla, pero Natalie fue más rápida. Arrojó la barra de hierro para apoderarse velozmente del revólver.
Encañonó a Wexler.
Sonrió.
—Hola, periodista.
—¿Nos conocemos?
—Tal vez no me recuerdes. Pasé muy desapercibida en la fiesta del aniversario de la Behrens Chemical.
Wexler palideció.
—Natalie...
—Gracias por recordarme. No pareces muy sorprendido de verme con vida.
—Lo estoy, aunque hace poco más de una hora empecé a sospechar que la tumba de Natalie Burns estaba vacía. Los remaches están mal colocados. Cambiados. El error no pudo ser de los sepultureros.
—La tumba no está vacía, Harry. La ocupa Jennifer.
—Muerta y enterrada. Muy considerado por vuestra parte.
—No estaba muerta.
La palidez se acentuó en Wexler.

—¿Que no...?

—Ahora sí lo estará —rió Natalie—. ¡Lleva dentro del ataúd cerca de veinticuatro horas!

—Malditos...; ¿qué significa todo este horror? ¿Por qué esas muertes?

—Yo también fui enterrada viva, Harry. Ellos lo planearon. El doctor Browning, Stella, Frederic... ¡Todos! Y debían pagar por ello.

Wexler empezaba a comprender.

Rememoró la semiconfesión de Eddie Browning.

Desvió la mirada hacia el silencioso Dearden.

—¿El te sacó del ataúd?

—Sí. Marty Dearden. Vive aquí. Un bonito lugar, ¿verdad? Dearden se dedica a profanar tumbas. Me salvó a tiempo. Cuando ya empezaba a enloquecer.

—Has enloquecido, Natalie. Levinson, Stella, Browning...

—¡Tenían que pagar! ¡Debían sufrir el terror que yo padecí dentro del ataúd! Jamás llegarás a comprenderlo, Harry. Fue un infierno. Un terror sobrenatural..., hasta que el diablo hizo acudir a Dearden.

—Te has aprovechado de este infeliz para ejecutar tu venganza.

—Yo la amo —dijo Dearden, con su ronca voz—. Y ella a mí. Nos marcharemos juntos.

Wexler chasqueó la lengua.

—Te abandonará, Marty. Te ha utilizado. Ha dominado su repugnancia para que le sirvieras como esclavo.

—Eso no es cierto. Nos vamos a ir juntos, ¿verdad, Natalie?

—Por supuesto, Marty; pero se nos amontona el trabajo. Al nombre de Philip tenemos que añadir el de Harry Wexler. Y puede que también el de Jessica. ¿Dónde la has dejado, Harry?

—La envié a dar aviso a la policía.

—¡Mientes! Quedarte por aquí esperando a la noche fue por una vaga sospecha. ¡No podías ni imaginar nuestra existencia!

—¿Crees que puedes seguir matando impunemente, Natalie? El teniente Sprating está investigando en individuos que respondan a las... especiales características de Dearden. No hay muchos. Yo ya tengo la información. Ocurrió hace unos diez años. En la Gayner Company, ¿no es cierto, Marty? Una agencia de detectives me informó. ¿Cuánto tiempo crees que tardará la policía? Vuestro fin está próximo.

Natalie chasqueó la lengua.

—Tengo un plan para hacer que la policía dé por terminado el caso. Tú me lo has proporcionado, Harry. Al mencionar en el periódico el hombre de monstruoso rostro. Haré que encuentren dos cadáveres. El del valeroso periodista... y el del asesino.

—Natalie, tú no...

Marty Dearden enmudeció al recibir el impacto.

En el pecho.

La muchacha volvió a apretar el gatillo. Ahora encañonando a Harry Wexler.

El periodista se arrojó al suelo.

Esquivando milagrosamente el mortífero plomo.

La bala resonó con estruendo en la cripta. En ensordecedor eco. Se incrustó en una de las frágiles columnas. Lo que ocurrió a continuación fue inesperado. Parte del techo se derrumbó aparatosamente. Acompañado de una lluvia de negra tierra.

Natalie fue la menos afortunada.

Quedó sepultada por considerable cantidad de piedras y tierra.

—¡Natalie...! ¡Natalie! —gritó Dearden, arrastrándose penosamente por el suelo. Dejando tras de sí un reguero de sangre. ¡Natalie...! ¡Yo te salvaré...! ¡Natalie!

Harry Wexler, desde el otro lado de la cripta, también gritó.

—¡Hacia aquí, Marty! ¡Esa parte va a caer de un momento a otro!

Dearden no pareció oírle.

Escupiendo sangre y tierra por su deforme boca procedió a apartar las piedras que aplastaban a Natalie.

—Te... te salvaré, Natalie... Natalie..., juntos..., estaremos juntos...

—¡Marty!

La exclamación de Harry Wexler coincidió con un segundo derrumbamiento, que se abatió sobre Dearden añadiendo aún más piedras sobre Natalie.

Pronto todo aquello se desmoronaría como un castillo de naipes.

Wexler se percató del agujero practicado en la pared.

No dudó.

Aquélla era su única posibilidad de salvación.

Harry Wexler gateó desesperadamente.

Tras él se sucedían los derrumbamientos.

Cegado por polvo y tierra fue atravesando los diferentes orificios practicados en la pared hasta tropezar con unos arbustos.

Los apartó.

Una bocanada de aire fresco le reanimó.

Estaba fuera del Lang Cemetery.

Wexler se incorporó trabajosamente. A tiempo de contemplar un último y definitivo hundimiento.

Una gran polvareda se elevó al cielo.

Harry Wexler permaneció largo tiempo inmóvil. Con la mirada fija en el desolado Lang Cemetery.

Lentamente se alejó.

Alucinado por la historia que debería escribir para el Philadelphia W. Press. La ciega pasión de Eddie Browning, que, influenciado por la ambición de Stella, llegó hasta el crimen. La espeluznante venganza de Natalie. El amor del deforme Marty Dearden, capaz de todo por permanecer junto a su

amada...

Odio, amor... y muerte.

Sí.

Iba a ser una triste historia.

FIN